



# A PINCH



*of Sugar*

JESSA KANE

# **A PINCH OF SUGAR**

JESSA KANE

*Sotelo, gracias K. Cross*

Cuando Alice se despertó esta mañana, no esperaba acabar en un concurso de televisión donde los concursantes son terribles panaderos. Ha sido emboscada y ahora se espera que haga un pastel que realmente sepa bien... ¿Mientras las cámaras ruedan?

Justo cuando Alice piensa que la situación no podría ser peor, el hombre que siempre ha amado desde lejos, el famoso panadero británico Sebastian Cove, es presentado como uno de los jueces. Sebastian tiene la reputación de ser despiadado cuando juzga los postres, pero sus ojos azules glaciales se suavizan en el momento en que aterrizan en la dulce y nerviosa Alice. Quiere mucho más que una pizca de su azúcar y moverá cielo y tierra para conseguirlo...

*Sotelo, gracias K. Cross*

# Capítulo 1

ALICE

*Esto es una pesadilla, ¿verdad?*

*Estoy atrapada dentro del peor sueño de mi vida. Tiene que ser eso.*

Un hombre baja un micrófono sobre mi cabeza y levanto una mano para evitar ser cegada por una enorme luz que rueda. Alguien pasa corriendo y me pone un sombrero de chef en la cabeza, provocando una risa estridente del público detrás de mí.

*El público.*

Puedo sentir su diversión mientras me ven a mí y a otros dos miembros desprevenidos del público ser emboscados en un reality show de horneado en televisión. Al menos, creo que eso es lo que es esto... Cuando me desperté esta mañana, mi novio me dijo que íbamos a hacer una gira por un estudio de cine.

*Nada de eso era cierto. Me tendió una trampa.*

Me doy la vuelta y veo a Clyde en primera fila, riéndose con dos de sus amigos.

Su sonrisa dice *te atrapé*, y volviéndome, me siento mal del estómago.

Un hombre con un llamativo traje dorado aparece con un micrófono delgado y su sonrisa es blanca. — ¡Hola concursantes! ¿O debería decir víctimas?— El público se ríe detrás de mí. — Probablemente se preguntan qué hacen aquí vestidos con un delantal y un sombrero de chef. Bueno, ¡estoy a punto de decírtelo!— Se desliza por el escenario de sonido frente a una

*Sotelo, gracias K. Cross*



plataforma elevada con tres sillas vacías detrás de ella. —Estás en un nuevo reality show llamado...— Coloca su mano alrededor de una oreja y toda la multitud canta las siguientes tres palabras. —You’ve Been Ambushed! (¡Has sido emboscado!) Es el único programa de concurso de panadería en vivo donde los concursantes son nominados por sus amigos y familiares para competir en una desafiante ronda de humillación total.

Oh, *Dios* mío.

Poco a poco me doy cuenta de que hay cámaras que me miran desde todos los ángulos. Aunque no sólo a mí. A mi izquierda, hay otras dos víctimas en sus propias estaciones. Un tipo enorme, con barba y tatuajes serpenteando por sus gruesos y musculosos brazos. Parece estar tomando toda la situación con calma, su risa retumbante resonando por todo el estudio. Al otro lado de él hay una hermosa pelirroja. Sus labios están levantados con una sonrisa coqueta, pero sus mejillas están manchadas de rosa.

—Como mencioné, estamos en vivo ahora mismo. ¡Saluden a la audiencia del estudio en casa!— canta el anfitrión. Mis manos permanecen flácidas a mis lados y el anfitrión cacarea con desaprobación. — ¡Para la competición de hoy, nos harán un pastel de terciopelo rojo de tres pisos! Hay mucho margen de error, ¿tengo razón?

En ese momento, la voz del anfitrión se ahogó por el zumbido de mis oídos. No puedo creer que esto esté sucediendo. Es un chiste corriente que soy una terrible panadera y normalmente lo evito a toda costa, pero Clyde fue testigo de mi ineptitud de primera mano. Sólo he estado viendo a Clyde por un par de semanas y nuestra primera cita fue una venta de pasteles para recaudar fondos para su iglesia, a la que contribuí con un desastre absoluto de pastel de calabaza. Incluso la persona que ganó el pastel gratis no lo quiso.

Me voy a ir.

*Sotelo, gracias K. Cross*

No hay manera de que pueda seguir con esto.

Una cosa es que una dama de la iglesia le dé la espalda a mi pastel, pero no puedo ser humillada en televisión.

El presentador ha estado ocupado entrevistando a los otros dos concursantes, pero ahora se detiene frente a mi estación de trabajo, sonando como el Ryan Seacrest del infierno. —Y aquí tenemos a Alice, que ha sido nominada por su novio, Clyde! Alice es gerente de un restaurante de Manhattan, Nueva York, y es bueno que su jefe la mantenga fuera de la cocina, porque quema *todo* lo que toca. — Le doy mi firma de ojos rodando perfeccionada durante años de viajar en el metro. — ¿Hay algo que quieras decirle al hombre que te nominó?

—Sí, en realidad. Sí que lo hay. — Me giro ligeramente para mirar a mi novio en el público donde está disfrutando de la atención. — ¿Clyde? Hemos terminado. Terminado. Caput.

La sonrisa engreída de Clyde se desinfla y me giro para enfrentarme al anfitrión congelado.

—Además, no voy a hacer esto.

El pánico se rompe como un rayo en sus rasgos cuando empiezo a quitarme el delantal. —Uhhh. P-pero... ¿no quieres conocer a nuestros jueces famosos primero?

—No.

—Um. ¡Primero!— Ignorándome, sigue adelante. —Desde la alegre vieja Inglaterra, este juez es dueño de tres restaurantes con estrellas Michelin y es conocido en toda la industria por su brillo azul helado. *Oooh*. ¡Por favor, denle la bienvenida al maestro del horno, Sebastian Cove!

Me paro en seco, con las manos quietas detrás de la espalda en el acto de desatar las cuerdas de mi delantal. ¿Realmente acaba de decir que Sebastian Cove era un juez en este programa?

Oh, Dios mío.

Mi corazón palpitante se dispara a mi boca y me mareo.

No, no puede ser realmente él. No puede ser.

A pesar de mi incompetencia en la cocina, he perdido incontables horas de mi vida viendo a los *expertos* hornear en la televisión. Y siempre, siempre me he encaprichado de Sebastian Cove. Él ha protagonizado mis fantasías durante *años*.

Mis fantasías muy, muy traviesas.

Fantasías que nunca le he contado a nadie.

La ropa interior rosa con volantes que llevo debajo de mi falda se siente tan ajustada de repente. Mucho más significativa que cuando me la puse esta mañana. Definitivamente no me la puse para Clyde. Nunca ha visto mi ropa interior, y mucho menos me ha tocado de forma sexual. Ningún hombre lo ha hecho. Puede que sea una cita en serie, pero soy virgen hasta los huesos.

El nombre de Sebastian Cove aún perdura en el estudio cuando sale de detrás de una cortina negra y casi me arrodillo. Mi pulso se descontrola. Es él. Realmente es él. Está aquí.

Su cabello plateado se ilumina con las luces de la televisión, sus hermosos rasgos dispuestos en su expresión aburrida. Es el ángel de cabeza ruda, bajó de los cielos para comprobar los procedimientos mortales. Y oh, la forma en que su espalda y sus hombros se flexionan cuando se acerca a su silla, se sube las mangas del vestido con movimientos muy precisos y se sienta y...

Me mira directamente a mí.

*Sotelo, gracias K. Cross*

El aliento evacua mis pulmones.

Tengo el impulso más loco de jugar con un mechón de mi pelo y mirarlo a través de mis pestañas, como una chica tímida. Como lo haría en mi multitud de fantasías.

Brevemente, su atención se desvía hacia Clyde y un músculo le aprieta en la mandíbula.

Sebastián vuelve a mirarme mientras el anfitrión avanza y presenta a los dos siguientes jueces. Apenas escucho, pero parece que uno es un jugador de hockey profesional y el otro es un crítico de restaurantes. Es una mujer pequeña con ojos enormes, que no puede arrancarlos del concursante tatuado a mi izquierda. Del mismo modo, el jugador de hockey parece muy interesado en la concursante pelirroja, y su interés es sorprendente y le molesta en igual medida.

¿No me estaba yendo hace un segundo?

Sí, lo estaba, pero ahora parece que no puedo mover los dedos. Sebastian Cove casi parece que me reta a salir del set. Su ceja oscura se arquea hacia mí y luego hace algo que hace que el suelo tiemble bajo mis pies.

Sacude la cabeza hacia mí. Sólo un rápido giro de su cabeza. Sólo uno. Me dice que no. Que no puedo irme.

Que no lo permite.

Siento la certeza de nuestra comunicación hasta los dedos de los pies y automáticamente, mis dedos dejan las cuerdas de mi delantal. Aprieto mis muslos lo más fuerte posible para que la humedad resultante no corra por el interior de mis muslos. Gracias a Dios mi mitad inferior está oculta por la mesa de trabajo. Basándose en la forma en que los ojos azules de Sebastian se oscurecen, sabe muy bien el efecto que su orden silenciosa tiene sobre mí.

*Sotelo, gracias K. Cross*



Mis manos se juntan en la mesa delante de mí y hago lo que es natural, tan natural. Inclino la cabeza y miro a Sebastian Cove a través de mis pestañas. Como si dijera: —Sí, señor. Me quedaré. — Y mi corazón se acelera cuando la satisfacción le hace volver a su silla.

Hace diez minutos, pensé que estaba teniendo una pesadilla.

Ahora, siento como si estuviera atrapada en uno de mis sueños secretos... y no tengo interés en escapar.

*Sotelo, gracias K. Cross*

# Capítulo 2

SEBASTIAN

¿Por qué no puedo quitarle los ojos de encima a esta chica?

Ella es una panadera abismal. Como maestra del oficio, su falta de habilidad debería ser un obstáculo para mí. Pero apenas estoy al tanto de los otros dos concursantes. O de los jueces. O incluso las cámaras y las luces. Sólo puedo verla. Cada mordida de su labio o temblor de su dedo tiene un efecto mariposa en todo mi ser. Cada acción de ella me atraviesa y parece ser eterna.

¿Qué es lo que tiene ella que tiene mis manos juntas en la mesa, sin que me quede nada de sangre en los dedos? Escucho el sonido de mi aliento. Oigo la rápida toma de *ella*.

Escondo mi gesto de dolor cuando rompe un huevo en un tazón, perdiendo la mitad de la cáscara de su mezcla. Hay harina en su pelo rubio, en sus mejillas rosadas. Está en su espalda, también, un hecho del que soy muy consciente. Cada treinta segundos, se limpia las manos en la parte de atrás de su falda, dejando huellas blancas y por Dios, creo que estoy celoso por el hecho de que se toca a sí misma.

El anfitrión la llamó *Alice*.

Dejé caer una de mis manos bajo la mesa de los jueces y atravesé mis pantalones con el puño, diciendo su nombre una vez más en mi cabeza.

*Alice.*

*Sotelo, gracias K. Cross*

Como si la hubiera llamado, me mira a través de mechones sueltos de pelo rubio, labios rojos y un ojo verde que se asoma a mí. Joder. Aprieto mi polla hasta que me duele.

Decir que esta reacción a Alice es inusual sería un eufemismo risible.

De joven, tuve una serie de relaciones insatisfactorias que terminaron de la misma manera que empezaron, con poca fanfarria. Como hombre de cuarenta años, hace tiempo que he abandonado la idea de sentar cabeza. Nunca he estado seguro de qué buscar en una relación. Sólo sé que siempre hay algo... que falta. Ciertamente nunca ha habido esta energía salvaje, esta *hambre* dentro de mí a la vista de una hembra. Como un conocido bastardo, normalmente ya me estoy preguntando qué demonios quiere una mujer de mí.

¿Esta chica? ¿Alice?

Me gustaría que ella necesitara cosas de mí. Me gustaría proporcionárselas.

Y me gustaría seguir adelante con ello ahora.

Hay una mezcla de vergüenza y emoción en la forma en que me mira a través de sus pestañas. Como si estuviéramos en un secreto. Está mojada bajo esa falda corta y necesita que yo decida qué hacer al respecto.

*Decide por mí, por favor.*

*Muéstrame.*

Sus súplicas tácitas aprietan mis músculos hasta que creo que me romperé.

Mi polla palpita en la palma de mi mano y fuerzo mis manos a volver a la mesa, agarrando el borde con fuerza. Necesito pasar la

*Sotelo, gracias K. Cross*

próxima hora de filmación para poder tenerla a solas. Es todo en lo que puedo pensar.

El insufrible anfitrión ha estado entrevistando a los otros dos jueces. Ahora me toca a mí, aunque me gustaría meterle el maldito micrófono por el culo. —Ooooh. ¿Hay un escalofrío en el aire? Sebastian Cove debe estar en el edificio. — Se ríe junto con el público y yo lo miro fijamente. —Oh. Erm. — El anfitrión tose incómodamente. —Sr. Cove. Ha construido tres restaurantes con estrellas Michelin desde los cimientos en su ciudad natal de Londres. Los críticos dicen que sus postres son los más exitosos de la historia, algunos incluso lo califican por encima de Julia Child. Mi pregunta es: ¿Planea hacer trizas a nuestros concursantes hoy y puedo traer palomitas de maíz?

De repente, me arrepiento de haber aceptado participar en este piloto. Mucho.

Si no ofrecieran a mi caridad una asquerosa cantidad de dinero, nunca me habría sometido a menos que a una cocción estelar. Después de todo, puedo hacerlo en cualquier restaurante que no tenga mi nombre en las puertas. Más que nada, me gustaría tomar a Alice en mis brazos y hacer una escapada a algún lugar privado. Pero la Sociedad Humanitaria Británica recibirá medio millón de libras a cambio de una hora más de mí tiempo. Sería egoísta renunciar ahora. Me importa una mierda decepcionar a la gente. Los animales son una historia diferente.

La pregunta del anfitrión sigue en el aire y me doy cuenta de que lo he estado mirando en silencio durante largos momentos. *¿Planeas hacer trizas a nuestros concursantes hoy y puedo traer palomitas de maíz?*

—Nunca planeo hacer trizas a nadie. Es algo que sucede en el momento— digo en silencio, dándole un repaso asqueroso. —Un momento como éste. ¿Le gustaría una demostración?

*Sotelo, gracias K. Cross*

—N-no, estoy bien por ahora— tartamudea. —Después de ver a los concursantes durante la última hora, ¿crees que hay un favorito?

Infierno. Casi no he prestado atención a las otras dos personas, pero me veo obligado a examinarlas ahora. Uno es un bombero con una risa que suena como fuego de cañón. La otra es una pelirroja de Las Vegas. Una corista, creo que dijeron.

Sólo he quitado los ojos de Alice por unos segundos y ya estoy ansioso por volver a tenerla en la mira. Mi mirada la recorre y la sed me cierra la garganta, como si no la hubiera visto en meses en lugar de segundos.

Como me di cuenta al principio, está nerviosa. Avergonzada por todos los ojos sobre ella.

No... Me gusta que sienta algo negativo.

No me gusta nada.

No por primera vez mi atención se centra en su ex-novio, que ahora está sentado en primera fila con la mirada perdida. Este sarnoso chillón puso a Alice en esta situación sin su conocimiento y me gustaría enterrar mi puño justo entre sus ojos.

Sin embargo, parte de la culpa también es mía. Alice se iba a ir hasta que llegué y le ordené sin palabras que se quedara, simplemente porque no podía soportar que se fuera. Y ahora, por primera vez en mi vida, tengo la necesidad de tranquilizar a alguien.

Calmarla. Disculparme. Quitarle el temblor de la punta de los dedos.

Me aclaro la garganta. — ¿Participante favorito? No. Es imposible saberlo hasta que se presente el producto final. — Hago contacto visual con Alice y la sostengo. —Sin embargo, hay potencial aquí.

*Sotelo, gracias K. Cross*



El anfitrión se disuelve en una risa escéptica, pero se calla inmediatamente cuando tamborileo un solo dedo en la mesa del juez. — ¿Por qué no me traes un café?— Le digo, mostrándole los dientes. —Leche. Sin azúcar.

—Oh, soy el... anfitrión...— Él retrocede un paso. —No importa. Lo conseguiré ahora.

Lo despido con la mano. —Vete a la mierda, entonces.

Como era de esperar, el público enloquece, riéndose del anfitrión en el escenario. Nunca entenderé por qué el público se divierte tanto con un comportamiento que me resulta natural, pero en este caso, no me importa que el presentador se convierta en el blanco de una broma. No después de su tratamiento con Alice.

Cuando la miro, hay una sonrisa suave y agradecida en su exuberante boca y olvido mi propio nombre. Los productos de panadería son las únicas cosas que he considerado una obra de arte, pero ella... Ella es la obra maestra definitiva. Creo que renunciaría permanentemente a mis papilas gustativas, siempre y cuando pudiera memorizar su sabor primero. Para un hombre que nunca ha valorado nada más que las recetas de postres, es una gran afirmación.

Pero lo digo en serio.

*La necesito.*

Una hora más tarde, cuando se presenta el pastel de terciopelo rojo y se anuncia el ganador, el director grita “corten” y finalmente tengo mi oportunidad.

No esperaba tener que perseguirla.

*Sotelo, gracias K. Cross*

# Capítulo 3

*ALICE*

El calor me pica en la parte de atrás de los ojos mientras corro entre bastidores.

Alerta de spoiler: No gané.

Mi pastel no pudo permanecer en pie el tiempo suficiente para que los tres jueces probaran mi catástrofe de tres niveles. Se desplomó y rezumó en el mostrador mientras la multitud cacareaba como hienas. Y honestamente, no debería importarme tanto. ¿Y qué? No puedo hornear. Hay muchas otras cosas en las que ser bueno en este mundo. Soy una bailarina bastante suave y puedo aplicarme un ojo ahumado en unos tres minutos.

Soy organizada. Tengo que serlo. Como gerente de un exitoso restaurante de Nueva York, tengo que hacer malabares con los horarios de los empleados, calmar a los clientes, calmar los ánimos en la cocina y mantener la cabeza fría incluso en la noche del sábado más caótico.

Mi pastel rojo de terciopelo cayendo como si estuviera borracho es probablemente ya un GIF viral en este momento y realmente debería reírme de todo esto. Cuando te ríes de ti mismo, el mundo entero se ríe contigo y todo ese jazz, ¿verdad? ¡Podría haberme ido! Elegí quedarme. Así que debería asumir las consecuencias con calma, ¿no?

Podría serlo, si no fuera por Sebastian Cove que fue testigo de mi humillación.

*Sotelo, gracias K. Cross*

En las fantasías que he estado entreteniendo al maestro del horno durante años, siempre he sido un duende infalible de una chica que lo hace reír como nadie más puede hacerlo. En mis sueños, *le encanta*, maldita sea. No dejo un montón de masa con fugas delante de él mientras parece que he estado nadando en mantequilla.

Y todo esto, después de que él dijo que yo tenía potencial.

Dios, hizo que mi corazón bailara con esa sola palabra. Me sentí esperanzada y... me preocupé... por primera vez. De un hombre, de todos modos. Había puesto su excelente reputación en la línea con esa sola palabra “potencial” y lo eché a perder. No sólo me he humillado en la televisión nacional, sino que también lo he avergonzado a él, ¿no?

Finalmente, encuentro un rincón desierto en los bastidores y me arrojo sobre un cajón de madera, enterrando mi cara en mis manos. Huelen a azúcar y normalmente no me importaría, pero no quiero tener nada que ver con eso ahora mismo. Estoy en el proceso de limpiar las lágrimas y el azúcar de mis manos en mi falda, cuando Sebastian Cove vuela a la vuelta de la esquina, la intensidad ondulante de cada uno de sus sólidos centímetros.

No puedo explicar por qué empiezo a llorar más.

Mi cerebro me está diciendo *aguántate, buttercup*. Estoy hecha de cosas más duras que las que se exhiben actualmente. Sólo puedo comparar el repentino ataque de lágrimas con una cosa. Tratar de controlar las emociones y tener éxito hasta que aparezca la persona que más te entiende, y la gorra se tuerce, arrojando sentimientos por todos lados. ¿Cómo puede ser esto, sin embargo? Sebastian no puede ser la persona que más me entiende cuando nunca hemos hablado, ¿verdad?

*Sotelo, gracias K. Cross*

Se acerca a mí lentamente y se detiene, justo delante de mi encierro. Su cinturón me guiña un ojo, a escasos centímetros de la punta roja de mi nariz, y los escalofríos me inundan.

Sebastian levanta una mano y toma el costado de mi cara.

Oh Dios, está tan caliente. Tan firme.

Gimoteo y me inclino, las paredes internas de mi feminidad se contraen salvajemente.

—Shhh, Alice. Es sólo un pastel.

Más lágrimas ruedan por mis mejillas, grandes y descuidadas. No sé qué me está pasando. Normalmente tengo el control, pero mis sentidos están siendo abrumados por todos lados. El pico de adrenalina que experimenté mientras horneaba por mi vida mientras un temporizador que hacía tictac en la parte superior se ha desvanecido. Otro, más conmovedor, está tomando su lugar ahora. Ser tocada por Sebastian Cove me está inundando de sensaciones. La presión de su palma sobre mi mejilla y estoy expuesta. Necesitada. Cruda, húmeda y flexible.

Mi respiración se hace cada vez más rápida hasta que estoy básicamente hiperventilando.

*Oh, Dios. Haz que se detenga.*

La calidez de Sebastian deja mi mejilla, sus dedos se meten en mi pelo. Su puño se gira lentamente, enrollando mi pelo alrededor de su muñeca. —Ponte de pie para mí, cariño.

Mi cuerpo hace lo que él dice sin dudarlo. Con las piernas tambaleantes, alcanzo mi altura completa y sigo estando a la altura de sus ojos con su barbilla de granito tallado. La estúpida humedad no deja de llover sobre mis mejillas y parece muy preocupado por la visión de la misma, un surco que se profundiza entre sus ojos azul hielo. Luego asiente como si hubiera visto algo importante en mí.

*Sotelo, gracias K. Cross*

— ¿Hablabas en serio cuando terminaste con él?

—Sí— jadeo, mi asentimiento vigoroso. —Se acabó.

El alivio irradia de Sebastian. —Bien.

Al otro lado del pequeño y oscuro rincón del backstage, hay un viejo tocador y me lleva a él ahora, girándome suavemente para que esté de cara al espejo sin luz. Sigo sollozando, tragando aire y temblando, pero jadeo y contengo la respiración cuando sus labios se abren en mi nuca. —Inclínate hacia adelante— me dice, guiándome hacia abajo hasta que mi mejilla se presiona contra la superficie fría. —Sé lo que necesitas. Sé lo que ambos necesitamos.

— ¿Qué?— Pregunto a través de los labios hinchados, mis dedos se enroscan en las palmas de las manos.

No responde. No directamente. —Dime qué encontraré bajo tu falda cuando la levante, Alice.

El calor mancha mi carne. Empecé a mojarme cuando salió al plató, dejando el interior de mis muslos pegajoso y sensible ahora. —Bragas— respiro. ¿Esto está sucediendo realmente? Santo cielo. *Santo cielo*. —S-sólo bragas.

—No *sólo* bragas.

Después de un momento, sacudo la cabeza. —No.

Me pellizca el dobladillo de la falda. — ¿Hay bragas de niña con volantes bajo esta falda, Alice?

Mi visión parpadea ante las palabras bragas de niña que dijo en su acento británico recortado, y sé que si no me apoyara en el mueble, estaría arrodillado a sus pies. Incapaz de hacer nada más. —Sí. Rosa.

— Rosa, ¿de verdad?— Murmura, subiendo la prenda, cada vez más alto hasta que el material agrupado se acomoda alrededor

*Sotelo, gracias K. Cross*



de mis caderas, y por primera vez en mi vida, estoy compartiendo mi secreto con un hombre. Le muestro a Sebastian unas bragas que no son para mujeres. No en realidad. Tienen volantes en la parte trasera y lazos en las caderas. No están hechas para ser sexys, están hechas para ser inocentes, pero...

Son la única ropa interior que me hace sentir sexy.

Que me hacen sentir como Alice en absoluto.

—Jódeme— respira.

Me tenso. — ¿Te... gustan?

—Sí. Dios, sí.

— ¿Cómo supiste que las llevaba puestas?— Susurro.

—No tenía ni idea— admite, su voz gruesa, más profunda que antes. Como si no pudiera tragar. Las puntas de sus dedos rozan los volantes, sacando un sollozo de mi garganta. —Al igual que no tengo ni idea de por qué tengo que bajarlas y azotar las lágrimas de ti. Sólo que siento cuánto lo necesitas.

*¿Necesito que me azoten?*

Alegres pinchazos se extienden desde mi vientre, hasta mis pechos, donde mis pezones se agitan. La mera sugerencia de que su palma se aplaste sobre mi trasero alivia la ansiedad dentro de mí. La ansiedad que he estado sintiendo desde que fui emboscada en el show de hornear, que sólo empeoró cuando perdí de forma espectacular. Ha habido un nudo de tensión en mi medio y no me di cuenta hasta ahora cuando su mano en mi trasero comienza a aflojarlo.

Levanto mi barbilla y me encuentro con sus ojos brillantes en la oscuridad, mi corazón palpita con la intensidad que encuentro en

*Sotelo, gracias K. Cross*

su expresión. Todo se centró en mí. —Cogeré lo que creas que necesito, Sebastian.

Parece sacudido al escuchar su nombre en mis labios, su mano inestable en la cintura de mi ropa interior. —Sí, lo harás. — Su mandíbula se flexiona mientras me baja las bragas rosas de niña, dejándolas caer sobre mis rodillas. —Por Dios, este perfecto y redondo culito sentirá el golpe de mi mano y cuando termine, tus lágrimas se secarán. ¿No es así, mi dulce querida?

Es tan perfecto. Exactamente como lo he soñado. ¿Cómo he sabido todo el tiempo que sería así entre nosotros? —Sí. — Arrastro mis pechos de lado a lado en el tocador, desesperada por la fricción, pero es demasiado suave y me quejo con frustración. —Prometo que estaré mejor...— *Papi.*

Aprieto los labios antes de que la palabra pueda escapar, pero me quema la garganta, muriendo por salir. ¿Qué pensaría de mí si lo llamara así?

En el espejo, miro a Sebastian de espaldas con su mano, conectando con mi mejilla derecha con un golpe preciso, y es como si de repente tuviera una visión veinteañera en un mundo que siempre ha estado borroso. Mi boca se abre y mis caderas se inclinan sin vergüenza, como si mi cuerpo hubiera estado esperando esto. Hay una onda de finalización que viaja desde mi cabeza hasta los dedos de los pies.

*Oh Señor. Otra vez. Otra vez.*

No tengo que rogar en voz alta para conseguir lo que quiero. Sebastian simplemente me lo da, bofetada tras bofetada, la humedad se extiende por los pliegues de mi sexo y se desliza por el interior de mis piernas. Puedo respirar. Puedo respirar por primera vez.

*Sotelo, gracias K. Cross*

En el quinto bofetón, Sebastian se inclina hacia abajo, respirando fuertemente en mi oído. —Me molesta verte llorar.

Hay un giro en mi pecho por su honestidad. —Lo siento.

—Cuando llores... quiero consolarte. — Veo su ceño fruncido reflejado en el espejo. —También quiero sentir tus lágrimas deslizándose por mi estómago.

Si él puede ser honesto conmigo, yo puedo hacer lo mismo. Me siento tan libre y yo misma en este momento, que no sé si tengo otra opción que decir las palabras que estallan en mi mente. — Quieres consolarme para convertirme en... más. Incluso si está... mal. O si fingimos que está mal— susurro, con las mejillas en llamas. —Quieres secar mis lágrimas y hacer más de ellas al mismo tiempo.

—Sí. — Su frente cae en mi hombro, su voz ronca y áspera. — ¿Qué me estás haciendo? ¿Cómo diablos sabes esto?

Susurro mi confesión. —He estado soñando con ello desde que...

—Desde que eras una niña— termina en un gruñido. — ¿Es así?

Asiento contrita, encontrando su mirada lobuna a través de mis pestañas. —Puedes darme más nalgadas, papi. Puedes hacer cualquier cosa. No se lo diré a nadie.

Hacemos un contacto visual abrasador en el espejo, su expresión intensa, la mía vulnerable. Esperanzador. Tal vez incluso un poco desesperado, porque he estado anhelando este sentimiento desde que puedo recordar. Estar a merced de un hombre. *Este hombre*. Mis necesidades y deseos atados a una cuerda y envueltos alrededor de su gran dedo.

Sebastian abre la boca para decir algo...

*Sotelo, gracias K. Cross*

— ¡Sr. Cove!— Una voz masculina grita desde el plató. —Te necesitamos para la entrevista final. — Luego más callado, — ¿Sabes a dónde fue?

—Creo que allá atrás— responde alguien. —En el rincón más alejado.

Nos movemos rápidamente y al mismo tiempo, tirando de mis bragas y falda en su lugar, sus manos mucho más firmes y más capaces que las mías. Una mirada al espejo me dice que nada puede ocultar el hecho de que estaba al borde del orgasmo. Sólo de ser azotada. Quienquiera que se acerque a esa esquina lo sabrá, y Sebastian parece darse cuenta también.

—No quiero que nadie te vea así— dice, con su mano sobre mi pelo durante un segundo, y luego acariciándolo una vez, antes de que se le caiga el tacto. —Alice, yo...

Los pasos se acercan.

Muy cerca.

— ¿Sr. Cove? ¿Está aquí atrás?

Con una maldición mordaz, se aleja e intercepta al hombre justo antes de que pueda invadir nuestro pequeño rincón de la zona de bastidores. —Bien. Estoy aquí— dice. —Terminemos con esta tontería.

Sus pasos se desvanecen. Y entonces estoy sola.

El subidón que experimentaba hace un minuto cae y se rompe como un vaso sobre el hormigón. ¿Acabo de... llamar a Sebastian Cove... *papi*?

¿Acabo de confesar esencialmente que quiero ser su niña, como siempre he soñado?

*Sotelo, gracias K. Cross*

Dijo que él también lo quería, en el calor del momento, pero según entiendo, los hombres dirán lo que sea para conseguir sexo de una mujer. Yo también estaba tan dispuesta a dárselo. Tal vez se estaba riendo de mí en secreto. Hay una razón por la que nunca me pongo física con los hombres con los que salgo. Tengo miedo de que me digan que soy un bicho raro.

Tal vez *yo* sea un fenómeno y Sebastian lo piense.

Miro a mi alrededor en la oscuridad. El silencio cae como una pesada cortina y de repente me congelo. Otra concursante de reality show fracasado.

*Deberías irte.*

Ni siquiera dijo que iba a volver. ¿Qué voy a hacer? ¿Quedarme aquí y esperar, esperanzada que Sebastián “motherloving” Cove quiera volver y satisfacer los problemas de padre? ¿Es en serio?

Antes de que pueda convencerme de hacer algo estúpido y quedarme, esperando como un cachorro enamorado, me lanzo a la salida de emergencia y me voy.

*Sotelo, gracias K. Cross*



# Capítulo 4

SEBASTIAN

Tan pronto como la perilla absoluta de anfitrión termina de hacerme la pregunta final de la entrevista, me arranco el micrófono de la solapa y me dirijo al área de bastidores. Tengo una sensación de inquietud en el estómago y no estoy acostumbrado a estar nada más que tranquilo. Confiado. Tan pronto como me senté para la entrevista, sin embargo, tuve la terrible sensación de que no debería haber dejado a Alice.

Estaba dividido entre dos instintos.

Evitar que el otro hombre la viera y poner mi boca en su hermoso cuerpo. Razoné que podía lograr ambas cosas, pero no al mismo tiempo. Después de todo, tiene que haber un orden en las cosas. Cuando hago mi famoso amaretto genoise, hay un proceso paso a paso para lograr el resultado final. Comienzo batiendo las yemas de huevo a velocidad media y añadiendo lentamente el azúcar, a un ritmo muy preciso. Orden. Instrucciones. Recetas. Así es como vivo mi vida.

Alice ha estado en mi vida por menos de un día y ya estoy cuestionando mis acciones. Preocupado por haber tomado la decisión equivocada cuando nunca me he visto con una mujer.

Alice no es una mujer cualquiera, ¿verdad?

Es la mujer a la que eché una mirada y que necesitaba poseer. Pero no tenía ni idea del nivel de posesividad que alcanzaría cuando nos encontráramos cara a cara entre bastidores, en la oscuridad, en ausencia de cámaras. Sólo aliento, manos y el tipo de honestidad que amenaza incluso ahora con robarme la cordura.

*Sotelo, gracias K. Cross*

*Puedes darme más nalgadas, papi. Puedes hacer cualquier cosa. No se lo diré a nadie.*

Un gemido bajo me deja cuanto más lejos me muevo en la oscuridad entre bastidores. La mayor parte de la acción se ha extinguido y eso no me gusta. No me gusta el hecho de que me haya ido el tiempo suficiente para que la gente empiece a irse. Si Alice no está donde la dejé, ¿qué coño voy a hacer?

Nunca esperé que el tipo de cosas que me dijo me pusiera la polla tan dura. Para hacerme sentir como si estuviera parado en el lugar exacto, con la mujer exacta, pero sus palabras abrieron una puerta dentro de mí y hay hambre del otro lado. Hay más que eso. Hay... responsabilidad. Alice necesita un hombre que la toque, que le hable, que la trate de cierta manera... y necesito ser yo.

*Seré yo.*

Con la anticipación apretando mis tripas, doblo la esquina en el área donde dejé a Alice...

*Ido.*

Se ha ido.

Un dolor de cabeza ruge en casa, justo entre mis ojos, y la humedad de mi boca se evapora. No.

La impotencia me llega al estómago como cemento húmedo y me doy la vuelta, pateando el perchero. — ¡Joder!

En cierto modo, sabía que ella no estaría aquí, sin embargo, ¿no? Maldita sea. ¿Fui tonto al dejarla cuando había sido tan valiente y abierta conmigo? Tampoco sé de dónde vienen estos nuevos instintos, pero sé con total certeza que darle una paliza e irme fue un gran error. Necesitaba calmarse y era mi deber proveer.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Rechazando ser derrotado, estar sin ella, encuentro el gruñido más cercano en un auricular, agarrándolo por el codo. —La chica, Alice. La concursante. ¿Adónde se ha ido?

Su cara es blanca como un hueso. —No lo sé. Nos encargamos de los formularios de liberación durante el primer descanso. No tenía motivos para quedarse, así que probablemente se fue.

Al diablo con que no tenía una razón para quedarse.

Estaba a punto de tomarla por detrás contra el tocador.

Estaba... sí, creo que la habría llevado a casa conmigo. Tal vez incluso permanentemente. Lo que podría haber tomado bastante de convencer, considerando que estamos en Nueva York y yo vivo en Londres.

De hecho, tengo previsto volver allí mañana.

El miedo y la urgencia son espinas en mi costado. — Formularios de liberación— ladré. — ¿Significa eso que tienes su información de contacto?

Ya está sacudiendo la cabeza. —No se me permite dar...

—Oh. *Lo harás.*

Saco mi cartera y empiezo a contar los billetes. Cuando los introduzco en la sudorosa palma del joven, sus ojos se iluminan. — Usó su dirección de trabajo en los formularios. Sólo lo recuerdo porque una vez llevé a una cita al restaurante que ella dirige.

La impaciencia me hace querer sacudirlo. —El nombre, por favor.

—Landmark. Es en el centro de la ciudad. Un lugar muy bonito. Comí la langosta...

*Sotelo, gracias K. Cross*

Doy la vuelta y me alejo, con el teléfono celular en la mano para poder ver la hora. Es casi la hora de la cena. Si no trabaja esta noche, supongo que tendré que pagarle a alguien de Landmark para que me dé su dirección. Y estoy más que dispuesto.

*No vas a encantarme y luego desaparecer, Alice.*

*Espero que estés lista, porque voy a ir a buscarte.*



Cuando entro en Landmark, inmediatamente sé que es un establecimiento bien dirigido y me complace saber que mi Alice tiene algo que ver en ello. La iluminación baja e íntima es perfecta, la música tiene el volumen adecuado, los uniformes de los camareros están limpios y almidonados. No hay ni una arruga en los manteles blancos, el candelabro hace brillar los cubiertos.

Es un gran restaurante. Dos niveles. Y está lleno de clientes.

Pero sólo me lleva diez segundos ver a Alice.

La vista de ella apaga todo lo que me rodea hasta que todo lo que puedo oír es el temblor de mi propia respiración. Todo lo que puedo sentir es mi polla endureciéndose en mis pantalones. Es magnífica con una falda corta y negra que hace que sus piernas parezcan un pecado, sus tetas se mueven bajo el blanco almidonado de su camisa de vestir. Está haciendo sus rondas por el mar de mesas, sonriendo y preguntando a los clientes si todo es de su agrado. Para cualquiera que la mire, parece ser una mujer muy inteligente e independiente, y estoy seguro de que lo es. Sin embargo, en secreto... Quiere que el hombre que está a cargo le dé una paliza.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Yo soy ese hombre.

Estos gustos que ha despertado dentro de mí son inesperados, pero Señor, no creo que pudiera negarlos aunque quisiera.

—Oh Dios mío. Es Sebastian Cove— dice alguien en un furioso susurro al pasar. Las cabezas empiezan a girar en mi dirección. Solo lo noto en mi periferia, porque no puedo apartar los ojos de Alice. Cuando por fin se da cuenta de que estoy a un lado de la estación de la anfitriona, se detiene y sus mejillas se vuelven de un profundo tono rosado. En mi mente, me imagino besando esa mancha de color floreciente mientras la sostengo en mi regazo. Diciéndole que no se avergüence de la mancha húmeda de sus bragas que florece tan rápido como las dos de su cara.

Alice se reúne visiblemente y viene hacia mí. Sin embargo, antes de que pueda llegar a mi lado, un hombre se interpone entre nosotros. Me da la mano con un apretón de manos entusiasta, tratando y fallando varias veces de formar una frase sangrienta. — No lo creo. Es... eres Sebastian Cove. En mi restaurante. Nadie me dijo que vendrías. Bueno, debemos conseguirte una mesa inmediatamente...

—Eso no será necesario— digo enérgicamente, cortándole el paso antes de que pueda empezar a recomendar entradas. —Estoy aquí para hablar con su gerente. Alice.

Sus cejas se disparan hasta la línea del cabello. — ¿Alice?

—Sí. — Se detiene detrás del dueño del restaurante, parece que se equilibra en las bolas de sus pies y algo dentro de mí se vuelve... suave. Como el centro de un pastel de lava cuando se ha abierto. Este efecto que tiene sobre mí es tan alarmante como adictivo. —De hecho... si le das la noche libre, estaré encantado de devolverle el favor.



El dueño se gira y mira a Alice, y luego a mí, con los ojos abiertos como un búho. —Supongo que podría intervenir esta noche... en calidad de gerente... si estuviera dispuesto a twittear sobre Landmark y su delicioso menú de postres.

Por dentro, estoy poniendo los ojos en blanco. Todo en estos días es sobre las redes sociales. Gracias a Dios tengo gente en nómina para manejar esas tonterías en mi nombre. —Haré que mi asistente se ponga en contacto con usted. — Paso por delante del hombre que se atreve a bloquear a Alice de mi vista. — ¿Vamos?

Parpadea varias veces. —Así de simple, ¿esperas que abandone mi trabajo? ¿En un sábado por la noche?

Levanto una ceja. —Sí.

Un sonido sale de ella. — ¿Has considerado el hecho de que eres el segundo hombre hoy en el día que decide el curso de mi destino sin siquiera consultarme?

—Esto no es lo mismo— gruño, moviéndome en su espacio personal. El aroma del azúcar me envuelve y momentáneamente pierdo el hilo de mis pensamientos. ¿Dónde estaba yo? Ciertamente, me comparó con ese pajero ex-novio suyo. ¿Habla en serio?

Presiono mi boca contra su oreja y a pesar de las chispas en sus ojos, se pone flexible inmediatamente y gime, las puntas de sus pechos rozando mi estómago. Por Dios, si no me meto entre sus muslos pronto, me voy a volver loco.

—No quiero ponerte en un ridículo reality show, Alice. Quiero llevarte a casa y follarte hasta que te tiemblen las piernas.

Ella gime, se acerca, y no puedo seguir sin sentir su cuerpo contra el mío, así que la envuelvo con un brazo en la parte baja de su espalda y la acerco.

—Pero...— La mancha rosada de su rubor sube hasta la línea de su cabello. — ¿Qué hay de las cosas que te dije? Pensé...

— ¿Qué, cariño?

Su susurro es apenas audible. —Pensé que tal vez no lo estabas sintiendo.

— ¿Sintiendo?— Su adorable jerga americana me recuerda nuestra diferencia de edad. La gente en el restaurante se pregunta si soy su padre, pero me importa un bledo lo que piensen los demás.

Nadie excepto esta chica.

Me importa bastante lo que piensa de mí y no está bien que haya comparado mis acciones con un idiota que no volverá a ver nunca más... Es aún menos cierto que su evaluación sea correcta. —Alice, yo... siento haber asumido que vendrías conmigo. — La disculpa suena rara en mi voz. ¿Cuándo fue la última vez que me disculpé con otro ser humano? ¿Alguna vez lo he hecho? —Tengo previsto volver a Londres mañana y me encuentro bastante resentido por cada momento que pasa en el que no estamos solos.

Los ojos verdes de Alice se acercan a los míos y parece estar conteniendo la respiración. — ¿Mañana?

—Sí. — No quiero pensar en límites de tiempo ahora. La sola posibilidad de subir a un avión sin esta chica e irme... no me gusta la presión que ejerce en mi pecho. Pero todo tiene un orden, como los ingredientes para hornear. El asunto de no dejar a Alice en Nueva York se manejará a su debido tiempo. Después de que haya estado dentro de ella y pueda concentrarme. — ¿Vendrás a mi hotel esta noche?— Mantengo mi voz baja, mis labios rozan el lóbulo de su oreja. Lo que digo a continuación hace que mi mundo gire en una nueva dirección, una que se sienta bien y tenga sentido. Es

todo lo que se ha perdido. *Alice* es todo lo que he perdido. —Necesito ser tu papi.

Sus piernas ceden y la atrapo justo antes de que ella caiga al suelo.

— ¿Es eso un sí?— Pregunto, mis labios se mueven.

Ella asiente. Vigorosamente.

La levanto en mis brazos y salimos del restaurante en una estela de flashes de cámara, pero nada ilumina la noche como su tímida sonrisa.

Mía.

# Capítulo 5

ALICE

Sebastian me metió en el taxi.

Me abrochó el cinturón y revisó dos veces la correa, me besó en la frente.

Es lo único en lo que puedo pensar en el corto viaje a su hotel.

Cómo me cuida de forma tan natural para él. Sostiene mi mano en el asiento entre nosotros, su pulgar rozando mis nudillos, de derecha a izquierda. Puedo ver el salto de su erección y cuando me ve mirándola, se lleva el dedo índice de su mano libre a los labios. Su obvio estado de excitación es nuestro secreto.

*Necesito ser tu papi.*

Oh, Dios mío. ¿Esto es real?

Estoy dolorosamente mojada bajo mi corta falda negra y la parte superior blanca abotonada no esconde mis duros pezones. Cada fantasía que he tenido se está haciendo realidad y juro que si no pudiera sentir el peso tranquilizador de su mano, pensaría que estoy soñando. Pero lo siento. Y huelo su costosa colonia. Su sombra de las cinco está erizando su mandíbula y esos son detalles reales y tangibles que nunca se me han ocurrido estando sola en mi cama con los dedos en las bragas.

Levanta nuestras manos juntas y las coloca en mi muslo, su atención se desliza desde el espejo retrovisor hacia mí. Mis piernas. Lentamente, suelta mi mano y alisa su palma sobre mi rodilla, apretándola con fuerza.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Has crecido tan bien— murmura, deslizando la punta de sus dedos por la parte interior de mi muslo. Antes de que pueda llegar a mi ápice, aprieto mis piernas con una risita y detengo su progreso. —Y aun así, sigues siendo mi niña inocente, ¿no?— Su voz se endurece ligeramente. — ¿No es así?

—Sí— susurro rápidamente. —Sigo siendo inocente.

Se relaja en el asiento, pero no me quita la mano de la parte interna del muslo. Sus dedos se quedan ahí, cepillando la piel sensible arriba y atrás, arriba y atrás. — ¿Alguna vez has pensado en cómo sería cambiar eso?

—Tal vez un poco— digo en voz baja.

Sus dedos dejan de moverse. — ¿Con quién?

Mi mirada es atraída por el abultamiento curvo en su regazo, y luego se aleja rápidamente. —Um. No lo sé.

La risa baja de Sebastian me hace juntar los muslos de nuevo, pero esta vez es involuntario. No sé qué esperaba esta noche, pero pensé que primero habría alguna discusión sobre... cómo va a funcionar todo esto. Nunca pensé que caeríamos en nuestros papeles de fantasía tan fácilmente, tan perfectamente, sin siquiera tener que intercambiar una palabra y es el regalo más asombroso.

—Creo que lo sabes— Sebastian se inclina y me respira al oído. —Creo que te preocupa que lo que has pensado sea malo.

— ¿No es así?

—Un poco. — Presiona con un solo dedo en mi montículo, burlándose de la parte superior de mi clitoris. —Por eso tenemos que pensar en una buena historia para contar a todo el mundo. Cuando pregunten cómo pasaste el fin de semana con papi.

No puedo recuperar el aliento. La humedad se filtra en el material de mis bragas y sé que puede sentirla. Su sonrisa lenta y

*Sotelo, gracias K. Cross*

satisfecha me lo dice. Este hombre tiene control total sobre mi cuerpo, pero hay más. Hay una línea de conexión entre nosotros que parece estar conectada directamente a mi corazón. Está palpitando, diciéndome que aquí es donde se supone que debo estar. Que estaba perdida hasta ahora.

*Se va mañana.*

— ¿Cómo vamos a gastarlo *realmente*?— Susurro, ignorando el tic-tac del reloj de cuenta atrás hasta que Sebastian vuele de vuelta a Londres y salga de mi vida.

Su dedo índice traza la raja de mi feminidad. — En algún momento, vamos a quitarnos estas braguitas malcriadas.

Trago con fuerza. — ¿Vamos?

Los ojos azules brillan a una pulgada de los míos. —Pero primero, vamos a hornear.

El taxi se detiene al mismo tiempo que se me cae el corazón. — ¿Qué?

Toma mi mano y la lleva a sus divertidos labios. —No estaba mintiendo cuando dije que tenías potencial hoy, Alice.

—Yo... tú...— chisporroteo, tratando de luchar con mis hormonas. — ¿No lo hacías?

—No. Sólo necesitas la orientación adecuada. Te la voy a dar. Entre otras cosas. — Me besa la mano y la suelta para poder pagar al conductor, luego me ayuda a salir a la calle, me arroja con protección en su costado. Por supuesto que se está quedando en el Four Seasons. Todavía estoy tan excitada por nuestra conversación en el taxi, que me siento como un nervio expuesto caminando por el elegante vestíbulo, pasando por delante de la recepcionista con ojos de águila y los invitados.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Cuando entramos en el ascensor, él presiona un botón simplemente marcado “penthouse” y la realidad de la situación comienza a imponerse. Me voy a casa con Sebastian Cove y vamos a dormir juntos. Después de que me dé una lección privada de cocina. ¿En qué planeta me he estrellado? Este día comenzó terriblemente... y mientras que podría estar agitada por los nervios sobre lo que está por venir, está terminando de la manera más increíble que podría haber imaginado.

La habitación del hotel tiene vistas a la brillante ciudad desde todos los lados. Crecí en esta ciudad e incluso yo estoy deslumbrada. Hay un balcón a lo largo del lado izquierdo del espacio, con un mirador y un jacuzzi. A la derecha hay un comedor de dieciséis asientos y la cocina del chef, todo con vistas a una chimenea donde el fuego crepita alegremente. —Vaya— susurro, quitándome los sensibles tacones de trabajo junto a la puerta y suspirando mientras mis pies se hunden en una lujosa alfombra blanca. —Este lugar es... algo más.

Sebastian viene detrás de mí y me besa el cuello, convirtiendo mis rodillas en gelatina. —Era sólo una habitación más hasta que entraste en ella.

Y luego se aleja, como si no me dijera poesía al oído con su delicioso acento. —Tú también— digo, aturdida, siguiendo sus pasos hacia la cocina. Me quedo corta cuando veo que alguien ha preparado tazones, ingredientes premedidos y tablas de cortar para esta lección de cocina. — ¿Hiciste todo esto?

—No, mi asistente está en algún lugar de este hotel. Probablemente se está escondiendo de mí. No estaba de buen humor cuando me di cuenta de que te habías escapado de mí.

Tímidamente, me meto un poco de pelo detrás de la oreja. — ¿Cómo me encontraste, de todos modos?

*Sotelo, gracias K. Cross*



Recoge un paquete de mantequilla y examina la etiqueta, buscando cada centímetro del genio culinario. —Le pagué a alguien con un auricular.

—Eso tiene que romper algunas leyes.

—Habría hecho algo mucho peor para localizarte. — Baja para precalentar el horno, y luego me señala con el dedo. —Ven, Alice.

Me reúno con él en la cocina, no tengo elección en el asunto. Él es el zorro plateado de mis sueños y yo soy la niña que va a obedecerle, porque lo necesito.

Porque quiero hacerlo.

Sebastian me coge por las caderas y me coloca entre su duro cuerpo y la encimera de la cocina. Poco a poco, pone mi trasero en su regazo y gruñe en mi pelo, meciendo sutilmente su erección entre la raja de mis mejillas. —Cuando la gente te pregunte qué hiciste este fin de semana, puedes decir que horneaste. — Su aliento está caliente en mi cuello. —No será una mentira, ¿verdad, querida?

—No.

—Esa es una buena chica. — Sus dedos encuentran los botones de mi camisa, empezando por arriba y metiendo cada uno por sus agujeros. Lentamente, lentamente. —Quiero que estés cómoda aquí. — Me baja la camisa abierta por los brazos, quitándomela por el camino, antes de dejar que el material blanco se deslice por el suelo. —Podemos estar cómodos el uno con el otro, ¿verdad, Alice?

Asiento, mordiéndome el labio inferior con fuerza cuando me desabrocha la parte delantera del sostén, dejando las copas sedosas a un lado y exponiendo mis pechos. Ya están subiendo y bajando, el aire acondicionado hace que mis pezones se frunzan.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Él traza una sola punta de dedo en el centro de mi vientre, arrastrándola entre mis pechos y alrededor de cada pezón con una ligereza impresionante. —Son muy bonitos y papi quiere verlos. — Su voz es un grueso y masculino rastro de sonido sobre mi cabeza. —Dios mío, mejor dejo esa falda ajustada o nunca conseguiremos este pastel en el horno.

— ¿Por qué?— Susurro inocentemente, inclinando la cabeza hacia atrás para mirar a Sebastian.

Su palma acuna mi pecho derecho, moldeándolo suavemente. —Ah, Alice. Esta noche vas a recibir una buena lección.

Mi ceño se frunce. — ¿De la clase que aprendo en la escuela?

—No, del tipo que sólo yo puedo enseñarte. — Su mano viaja a mi pecho opuesto y se burla de mi pezón con un nudillo áspero. — El tipo secreto, ¿recuerdas?— Empiezo a interrogarlo más, pero él toma mi barbilla en su mano y dirige mi atención a los ingredientes de la torta. —Bien. Primero, vamos a hacer la mezcla. Estos son los ingredientes para una torta básica Selva Negra.

—Bien— digo, mirando las copas premedidas con desconfianza. Además de las tazas, hay una batidora de pie, moldes para pasteles engrasados, tazones y varios utensilios que reconozco de la cocina de Landmark, pero que no son míos. —Um. Estoy usando la batidora de pie, ¿verdad? ¿Qué ingrediente va primero?

La boca de Sebastian se posa en mi cuello y se desliza en una lenta línea hasta el lóbulo de mi oreja. —Empieza por la izquierda y sigue por la derecha. Harina, azúcar, cacao, bicarbonato, sal. Combínelos lentamente— raspa, haciendo que se me ponga la piel de gallina en los brazos. Casi temblando por nuestra cercanía, hago lo que él dice, lo cual es increíblemente molesto considerando que él está rastrillando esa lengua malvada por mi cuello y sus dedos están ocupados jugando con mis pezones. —Bien. Ahora usa el

tazón para batir los ingredientes húmedos. Vierte el agua caliente lentamente. No queremos cocinar los huevos.

Hago un ruido. —Aquí es donde me equivoqué hoy, ¿no?

Hay una sonrisa en su voz. —Quizás.

—No puedo creer que lo hayas probado. — Mi cabeza cae sobre su hombro, disfrutando de la forma suave en que amasa mis pechos. —Te he visto negarte a probar pasteles mucho mejores que los míos en la televisión.

—Esto era diferente, Alice— dice, besando mis sienes. —Eras tú.

Mi corazón lanza una nota alta en mi pecho y es casi imposible concentrarse en la tarea que tengo entre manos. Con las manos de Sebastián sobre las mías, guiándome en el proceso de romper un huevo, de repente es fácil. El tiempo se ha ralentizado y el estrés de cometer un error se ha desvanecido. Sólo estamos él y yo y la perfecta preparación para lo que viene.

Una vez que todos los ingredientes húmedos se combinan, él me guía a través de la combinación con la mezcla seca. Me zumba en el oído mientras pasamos la batidora de pie, sus manos sobre las mías, moliendo su erección lentamente contra mi trasero, casi como por accidente. Pero ambos sabemos que no es así. Ambos sabemos que continúa subiendo por mi falda, poco a poco, dejando mis mejillas expuestas. Para cuando vertimos la mezcla de la tarta en las bandejas de espera, mis bragas están empapadas y me está costando toda mi fuerza de voluntad no empujar mi trasero en su regazo y pedir más, más, más de lo que está planeando hacer.

¿Cómo de liberador es eso? ¿Dejar la noche en sus manos, sabiendo que él se encargará de todo, incluyéndome a mí? Esto es lo que he estado anhelando desde que puedo recordar.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Sebastian me deja brevemente para poner las capas de la tarta en el horno. Vuelve rápidamente, antes de que pueda echarle mucho de menos, respirando pesadamente en mi cuello. —Ahora hacemos el glaseado. — Le oigo desabrocharse el cinturón y la cremallera de sus pantalones se baja, el zlick metálico hace que la carne entre mis muslos se contraiga. Mis manos tiemblan mientras me guía en el proceso de creación del glaseado de crema batida. Respiro como si acabara de correr una carrera y apenas puedo seguir sus instrucciones, mi necesidad ha crecido a tal punto de fiebre. — ¿Te gustaría lamer la batidora?

—Sí— jadeo.

Me da vueltas, presionando mi espalda contra el mostrador y casi me rompo al verlo. La lujuria masculina oscureciendo sus ojos, la tensión alrededor de su hermosa boca. Entre nosotros, puedo sentir su rigidez contra mi vientre, pero no me atrevo a mirar hacia abajo hasta que me lo dice. Me lleva el batidor cubierto de crema a los labios. —Lámelo, querida.

Mirándolo tímidamente desde debajo de mis pestañas, hago lo que me dicen, tratando mi lengua con un largo trago de la deliciosa crema.

—Mmm. — Deja caer su cara hacia la mía. — ¿Debo probarlo también?

Después de una corta duda, asiento.

Los ojos de Sebastian brillan ante mi respuesta. Su boca llena y dura se acerca a la mía, y me besa suavemente de una manera casi paternal. Una, dos veces. Luego, con mucho cuidado, separa mis labios y mete su lengua dentro, robándome el aliento con un golpe de prueba de su lengua. — ¿Te gusta eso, Alice?

Me balanceo sobre las puntas de mis pies. —Cre-creo que sí.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Tus pequeños y duros pezones me dicen que sí. — Toca con el batidor mi pezón erecto, dejando un poco de crema, antes de sumergir su cabeza y lamerla. Mi espalda se arquea involuntariamente y me quejo. —Sí, creo que te gusta mucho mi boca sobre ti.

— ¿Es eso malo?— Sollozo.

—Nos preocuparemos de eso a la luz del día. — El sudor comienza a aparecer en su labio superior cuando vuelve a sostener la batidora. — ¿Quieres más?

—Sí, por favor.

Sebastian me toma de la mano y me lleva a la sala de estar. Mi corazón va a cien millas por hora, esperando a ver qué hace. Me sorprende cuando se acuesta en el sofá y me dice que me siente a horcajadas en su pecho. No puedo ver su cara. Estoy mirando en dirección contraria y ahora puedo ver finalmente esa parte masculina de él, tan rígida y dura donde sobresale de sus pantalones sin cremallera.

El batidor aparece delante de mí. —Toma un poco más.

Obedientemente, lamo el utensilio, y nos veo brevemente en el escaparate que da a la ciudad. Estoy en topless, sentada en el pecho de Sebastian Cove, mi falda no deja nada a la imaginación, y lamiendo la crema de un batidor.

¿Qué vida increíble es esta?

Me inclino para obtener más, pero Sebastian mueve el utensilio fuera de su alcance, cerca de su regazo, frotando cuidadosamente un trozo de crema blanca en su mango. — ¿Quieres otro sabor tan malo como para lamerme la polla, Alice?

—No... No lo sé— digo, sonando insegura.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Su pecho se agita debajo de mí. —No queremos que se desperdicie, ¿verdad?

—No...

—Inclínate hacia adelante y lámelo, cariño. — Su mano presiona el centro de mi espalda, empujándome boca abajo hacia su regazo. —Papi necesita esto.

*Sotelo, gracias K. Cross*

# Capítulo 6

SEBASTIAN

Dulce y maldito infierno, el primer golpe de su lengua en mi polla casi me mata. Casi pierdo mi semilla por toda su pequeña cara angelical, pero aguanta mi lujuria. No tengo ni idea de cómo me las arreglé para alargar la noche tanto tiempo cuando quería arrastrarla y follarla en el momento en que entramos en la habitación del hotel.

*Alice.* Esta chica me ha puesto al revés. Desde su humor, su belleza, su columna vertebral, hasta la forma en que se somete a mí. Confía en mí. Es un tesoro que nunca habría descubierto si me hubiera quedado en Londres. El mero pensamiento causa que el pánico brote como un géiser en mi pecho y tengo que acariciar su suave espalda para recordarme que está aquí.

Oh, definitivamente está aquí. Está lamiendo mi polla como una inocente, pero mi vista es todo lo contrario. Con ella inclinada hacia adelante, dándole a mi dolorosa polla la atención que necesita, su trasero se ha salido completamente de su falda, mostrando sus bragas blancas de lirio, volantes y lazos cosidos a los lados.

Ella es cada centímetro de mi pequeña niña y yo soy su papi.

Esto nunca fue una fantasía que yo haya tenido, pero tan pronto como descubrí que era de Alice, se convirtió en una adicción sin la cual no podría vivir. Con cada momento que pasaba en el taxi y en la cocina, ser el hombre de Alice a cargo pasó de la adicción a la obsesión. Nunca he estado tan duro en mi vida y nunca he sido tan positivo como para no volver a estar duro para nadie más que

*Sotelo, gracias K. Cross*



Alice. Por cualquier cosa menos esto. Los papeles que ambos parecemos haber nacido para jugar, solo con el otro.

Su lengua baila sobre la punta de mi polla y yo gimo, largo y duro, antes de salir a chorros de la punta. Quiero más que nada golpear mi erección y metérsela en su angelical boca rosada, pero Alice se merece algo mejor. Y además, llegar allí está demostrando ser una experiencia embriagadora en sí misma.

— ¿Qué es eso?— pregunta, obviamente refiriéndose al líquido lechoso que gotea por los lados de mi polla.

—Es un sabor diferente de crema, Alice. — Dejo caer la batidora junto al sofá y me acerco, masajeando las mejillas de su sexy trasero. — ¿Te gustaría probarlo mientras pruebo el sabor del tuyo?

—Um... no lo sé— dice, maravillosamente.

—Puedo ver lo mojadas que están tus bragas, cariño. Creo que sí lo sabes. — Me dejo llevar por el material empapado de su ropa interior, mis entrañas se enrollan al ver su dulce raja rosa y su bonito culo fruncido. *Joder*. En un millón de vidas, nunca podría encontrar una vista tan perfecta y excitante y ella es toda mía. —Vi la forma en que miraste la polla de papi en el camino a casa. Está bien ser curiosa. — Rastreo un dedo a lo largo de su entrada trasera, hasta su coño, deslizando mi dedo ligeramente en su estrecho y femenino agujero. —Sólo estamos tú y yo aquí.

Su aliento se recupera. — ¿Deberías estar haciendo eso?

—Pequeña, si alguien tiene el derecho divino de señalarte, soy yo.

—Oh. Está bien. — Se mueve en mi pecho y luego siento sus labios rozando mi polla. Aguanto la respiración mientras ella rodea mi punta pulsante con su boca y prueba la raja con su lengua. — ¿Así?

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Sí— me desgasto. —Sujeta la parte inferior con las dos manos e intenta meterme en tu boca lo suficiente como para que tus labios toquen tus dedos.

—Eso está lejos.

La maravilla en su tono hace que mis entrañas se ondulen de lujuria. —Inténtalo por mí. — Le tiro de las caderas un poco hacia atrás e inclino la cabeza, burlándome de sus pliegues con mi lengua, obteniendo un chillido de Alice. —Ahora, relájate. Sólo estoy probando el coño de mi niña. — Presiono mi lengua en su carne y la muevo contra su clítoris. —Es dulce, como tu sonrisa.

Su coño se flexiona contra mi boca y su humedad única saluda a mis papilas gustativas, incitando mi hambre aún más. Manteniendo sus calzones a un lado con mi pulgar en forma de gancho, extendiendo sus nalgas en mis manos y me doy un festín. Sus tentativas de lamerme la polla me vuelven loco, pero nada me prepara para que Alice intente degollarme con pequeños gags y sollozos frustrados. Su clítoris se hincha bajo los repetidos retorcimientos de mi lengua y no puedo hacer otra cosa que adorar a ese pequeño capullo vibrante, aumentando mi ritmo cuando sus muslos empiezan a temblar a ambos lados de mi cabeza.

—Papi— gime. —Algo me está pasando.

—*Deja que suceda*— gruño, dibujando su brote entre mis labios y amamantando ligeramente. Dejándola ir y batiéndola con la punta de mi lengua, lamiéndola con fuerza.

—*Oh, Dios mío.* — Ella presiona su coño contra mi boca, como si no pudiera evitarlo, frotando su empapada carne rosada por toda mi barbilla y mi lengua, gimiendo como un ángel confundido. —Se siente tan bien. Y me duele y... oh. ¡Oh!

Sus uñas se clavan en mis muslos y sus temblores se vuelven violentos, sus sollozos guturales de mi nombre son una belleza. La

*Sotelo, gracias K. Cross*

lamí hambriento, sin querer dejar escapar una sola gota de su placer. Lo he conseguido. Soy su dueño. Es mía.

Tan pronto como termina de convulsionarse, levanto la mano y le aprieto el pelo, guiando su rostro hacia mi regazo, levantando mis caderas con urgencia. *Necesidad. Necesidad de venirme.* Su sabor me ha convertido en un animal enloquecido. —Buena chica. Ahora haz lo mismo por mí. Lo necesito tanto, cariño. Hunde tu bonita boca hasta mis pelotas y abre tu garganta. Vamos a llenar tu barriga con crema. ¿No será eso agradable?

Sólo consigue bajar los labios a mitad de camino cuando mis pelotas pierden la batalla y yo bajo por su garganta apretada. Mi estómago se tensa tanto por la ferocidad de mi clímax que mi cabeza vuela hacia atrás en un rugido. Y ah, joder, le encanta. Ella gime ruidosamente y trata de acercarse lo más humanamente posible, apretando mi polla con las dos manos y girándola, deslizándose con saliva y chupándose la semilla. Siento que se desborda su bonita boca y salpica sobre mis muslos y el sofá de abajo, pero ella sigue adelante, tratando de tragar todo lo que puede mientras yo la alabo con fuertes golpes de su trasero.

—Mi querida niña ama su crema, ¿no es así?— Me inclino y beso su suave coño una o dos veces. —Hay más. Asegúrate de dejar espacio para más tarde.

Ella cae sobre mí con un suspiro lujurioso, sus lados se agitan, ese dulce trasero todavía a centímetros de mi cara, y cuando el temporizador del horno se apaga, nos reímos. Es el momento más perfecto que he experimentado en mi vida, sabiendo que he satisfecho a esta chica físicamente y ahora su risa expande el calor en mi pecho. Calor que nunca supe que era capaz de tener.

Decidido a mantenerla feliz y sonriente, tomo a Alice en mis brazos y la llevo a la cocina para preparar su pastel. Con sus ojos mirándome con tanta confianza... ¿y me atrevo a decir afecto? De

*Sotelo, gracias K. Cross*

repente estoy desesperado por saber todo sobre ella. Alice. Esta mujer de la que ya me he enamorado.



## *ALICE*

Estoy envuelta en una bata de hotel que se siente como una nube, acurrucada en el medio de una cama King size y Sebastian me está metiendo pastel Selva Negra en la boca. Esto tiene que ser el cielo porque el mismo Dios no podría superarlo. Mi cuerpo sigue zumbando por el orgasmo que me dio con su boca y oh Dios mío, no puedo ni siquiera pensar en ello sin chillar internamente, mis dedos se curvan como la cola de un cerdo.

— ¿Dónde vives, Alice?

—Tengo una habitación en Morningside Heights. — Entrecierro los ojos por la ventana que da a la ciudad, trato de orientarme y finalmente apunto al norte. —Por ahí arriba.

—Mmm. ¿Te gusta el lugar?

—No es nada especial, pero es mío. — Me chupo una migaja del dedo y veo cómo sus ojos azules se oscurecen. Oh hombre, míralo sentado ahí. Sin camisa y en forma despiadada y salpicado de pelo negro y gris. Podría tomarle una foto así y podría pasar por la portada de la edición más sexy de la revista People. —Mis padres son funcionarios públicos. Trabajaron muy duro por lo que yo tuve mientras crecía y me gusta hacer lo mismo. — Levanto la barbilla con fingido orgullo. —Soy un poco tacaña, en realidad. Me encanta una ganga.

Su expresión es intensa. —Te mereces que te mimen.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Me están malcriando ahora mismo. — Acepto otro pastel de Sebastian y, como el último bocado, es lo más delicioso que he probado nunca. — ¿Cómo tuve algo que ver con este maravilloso pastel?

—Te permites disfrutar haciéndolo. Así es como se hace. — Él toma su propio mordisco. —Eres alguien a quien le gusta ser buena en las cosas. Me di cuenta cuando te vi en Landmark. Te enorgulleces de dirigir un barco muy unido.

—Tienes razón. — El placer me hace ver la prueba de que ha estado prestando mucha atención. —La primera vez que intenté hornear, fallé. Duro. Era una tarta de cumpleaños para mi madre y parecía más una tarta de barro que otra cosa.

— ¿Y cada vez que lo intentaste después de eso, tenías demasiado miedo de equivocarte para disfrutar el proceso?

—Algo así. — Me tumbo de lado en la cama, con el cuerpo saciado y la barriga llena de pastel, doblando las manos bajo la mejilla y mirando al hombre de mis sueños. Literalmente. —Tal vez me hayas curado.

Deja el tenedor en el plato para acariciar mi cabello. —Tal vez. — Una luz pensativa entra en sus ojos. —Hemos establecido que te gusta ser buena en las cosas, así que explica tu elección en los hombres.

Una escalera de color me sube al cuello. —Eres mi elección en los hombres— susurro.

—Sí. Y estoy muy agradecido por ello. Pero hablo del imbécil que te nominó para ser emboscada.

—Oh. Me había olvidado de él— digo honestamente, con la frente fruncida. —He salido con él. Mucho. No pensé que alguna vez conocería a alguien que me hiciera sentir como... tú. O conocer a alguien que pudiera cumplir esas fantasías. Pero tenía que intentar

*Sotelo, gracias K. Cross*

capturar la sensación de ser... preciosa. Pertenecer a un hombre que estaba a cargo. — Mi risa es tranquila. — Normalmente sólo me lleva un par de semanas darme cuenta de que un chico no tiene lo que tú tienes. Y rompo con ellos. Pero nunca... no tuve que ser física con ellos para averiguarlo. Era sólo un sentimiento. Lo sabía. — Dejo caer mi voz en un murmullo. — No estaba mintiendo cuando dije que era virgen. Apenas he besado a nadie. Creo que una parte de mí estaba esperando. Por si acaso...

Sebastian me pone de espaldas y se sube encima de mí en nada más que sus calzoncillos... y casi me desmayo por el calor que me invade. — ¿Por si acaso el hombre con el que has estado fantaseando desde que eras una niña... termina como juez en un reality show y tú como concursante?

Me río. — Es un poco arriesgado, ¿no?

— Sí. — El ceño fruncido le estropea la frente. — Pero gracias a Dios que sucedió.

— Sí — susurro. — Gracias a Dios. — Sintiéndome absolutamente decadente, envuelvo mis piernas alrededor de sus caderas. — ¿Y usted, Sr. Cove? ¿Qué ha estado haciendo toda su vida, además de tomar el mundo por asalto con sus postres y hacer llorar a la gente en la televisión?

Se ríe y un cosquilleo caliente pasa a través de mí, de la cabeza a los pies. Vaya. Pensé que era hermoso cuando miraba, pero cuando se divierte, es un incendio de cinco alarmas.

— He estado... — Se detiene brevemente, su mirada se vuelve un poco distante. — Pasando a través de los movimientos. Sólo que creo que no me di cuenta hasta ahora. Siempre he pensado que tengo fama, dinero y respeto, así que si sigo siendo infeliz, es mi maldita culpa. — Su mirada vuelve a la mía, su mano sube para acariciar mi mejilla. — Pensé que algo faltaba dentro de mí. Algo que

*Sotelo, gracias K. Cross*

necesitaba para ser feliz. Pero ya no creo que eso sea cierto. Te echaba de menos.

Los labios de Sebastian rozan los míos y ninguno de los dos parece romper el contacto visual. ¿Esta parte de mí que siempre he protegido tan estrechamente de otros hombres? Se la doy libremente. Le dejo ver más allá de la mujer a la chica de abajo. Necesita una mano firme, para ser apreciada, para ser usada para propósitos malvados. Todo eso. Sólo de él.

Se inclina un poco hacia atrás, su mano derecha se mueve entre nosotros para jugar con la corbata de mi bata. A través del grosor de la tela de rizo, puedo sentir el calor de su tacto y hace que mis muslos se muevan alrededor de sus caderas. Puedo sentir el cambio de energía entre nosotros, este hombre que se convierte de Sebastián a papi delante de mis ojos.

Lentamente, afloja el cinturón de mi bata. — ¿Has estado tomando las pastillas que te compré?

Sin aliento, asiento obedientemente. Obviamente no me compró ninguna pastilla. Está montando parte de nuestro escenario de fantasía y envía una emoción de anticipación a través de mí. — Sí, las he estado tomando.

—Esa es mi buena chica.

Me desgarran la bata por completo, exponiendo mi cuerpo, que está desnudo excepto por mis calzones empapados y estirados. — ¿Pero por qué tengo que tomarlas?

Sebastian traza la punta de un dedo por el centro de mi cuerpo, empezando por el hueco de mi garganta y terminando en el capullo rosa que está cosido en la cintura de mi ropa interior. Engancha ese dedo bajo el elástico y empieza a bajar las bragas blancas por las piernas. — ¿Recuerdas cuando estábamos en el salón y te llevaste mi polla a la boca?

*Sotelo, gracias K. Cross*



Un rubor inunda mis mejillas. —Sí.

— ¿Recuerdas mi llegada a tu linda garganta?

Me muerdo el labio y vuelvo a asentir, los músculos de mi abdomen se aceleran por la forma terriblemente deliciosa en que me habla.

Sebastian me quita las bragas y pone su mano alrededor de mi feminidad. —Esta vez, voy a poner mi semilla aquí. Muy, muy adentro, querida.

— ¿No es así como se hacen los bebés?

—Para eso son las píldoras. Alice y papi necesitan follar sin tener que responder a ninguna pregunta difícil nueve meses después. — Sebastián me quita la bata de alrededor de los hombros y casi jadeo ante la sensación de estar expuesta, en el centro de esta enorme cama celestial, sabiendo que planea estar pronto dentro de mí. A continuación, se pone de pie, haciéndome observar cómo acaricia su erección a través del ligero material de su calzoncillo, apretando los dientes cuando aparece una mancha de humedad cerca de la punta. —Algún día te llevaré lejos de aquí y haré que tu vientre sea bonito y redondo, una y otra vez. Algún día. — Sacude la cabeza mientras me mira. —Cuando parezcas lo suficientemente mayor para pasar por mi joven esposa.

Se quita los calzoncillos, dejándonos a ambos desnudos, y me acecha en la cama, con su lengua lamiendo un camino desde mi vientre hasta mi garganta.

—Me vuelves tan loco, pequeña— respira, su boca vuelve a bajar, esta vez más abajo que mi vientre. Sus dientes raspan la carne desnuda de mi montículo, antes de besarla suavemente. Una, dos, tres veces. Sus manos están sobre mis rodillas, separándolas y yo gimoteo, golpeando con el puño las sábanas cuando me separa

los pliegues con su lengua, buscando mí ya sensible clítoris. — Todavía estás tan hinchada por montar mi cara, ¿verdad?

—Por favor. Por favor.

—Por favor, ¿qué? ¿Lamerte otra vez?

—Sí— susurro, cerrando los ojos.

—No, no. Esta vez vas a mirar. Ya no estamos bailando alrededor de lo que es esto. — Le da un ligero golpe a mi feminidad. —Por fin estoy lamiendo y cogiendo a mi dulce y pequeña Alice esta noche y ella lo sabe. Se lo está buscando.

Inundada de lujuria, miro mi cuerpo a través de la fina neblina del deseo, viendo mis pechos moverse, mis pezones en coronas excitadas. Veo la lengua de Sebastián sumergirse entre mi carne y acariciar mi clítoris, rellenándolo con una textura increíble. Su dedo medio empuja dentro de mí y, a diferencia de antes en el sofá, no encuentro una punzada incómoda. No, se siente maravilloso y me llena de la presión más excitante.

Preocupa mi brote sensible entre sus labios y añade un segundo dedo dentro de mí, estirando mis paredes y haciéndome llorar. El placer se pliega a la nueva sensación, pero promete ser tan intenso que me lleva a mirar a los ojos de Sebastian para confiar en él. Pero lo hago y con un último movimiento de su lengua contra mi clítoris, mi orgasmo se estrella contra mí. Con la agitación de la sensación que me quita la capacidad de ver, mis caderas se doblan, al menos hasta que Sebastián las fija con las suyas, anclando mi tembloroso cuerpo a la cama. *Oh, es tan bueno. Se siente tan bien.*

—Esta primera vez puede parecer un poco frenética, querida. — Empuja su puño entre los labios de mi sexo, dejándolo listo en la entrada y su aliento se vuelve laborioso. —Me has tenido preocupado durante mucho tiempo.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Lo siento, papi— susurro, moviéndome debajo de él en la cama.

Él se queja de mi uso del título y se relaja dentro de mí, pulgada a pulgada. — ¿Lo haces? Cuanto más abres tus piernas, más triste sabré que estas. — dice. —Muéstrame. — Manteniendo mi expresión contraída, dejé caer mis rodillas, separando mis muslos lo más posible y Sebastian empuja a casa, gruñendo salvajemente mientras se hundía en mí completamente. —Buena chica. *Buena chica*. Ah, mierda, estás tan apretada.

Hay un claro borde de incomodidad con la excitación de Sebastian llenándome tan completamente, pero estoy tan excitada por la forma en que jugamos, que casi lo disfruto. El dolor de ser tomada por un hombre es parte de la excitación.

— ¿Duele?— pregunta, besando mi cuello con reverencia una vez, y luego levantando la cabeza para estudiar mi cara con una mezcla de preocupación y hambre.

—Me encanta— me las arreglo, alisando mis palmas sobre sus musculosos hombros. Aferrándome a ellos. —Los fines de semana contigo son mis favoritos.

Su boca abierta cae en mi cuello y comienza a rodar sus caderas hacia adelante, empalándome con empujones que vienen cada vez más rápido. —Joder— gruñe. —Créeme, también son mis favoritos, pequeña.

Los labios de Sebastian encuentran los míos, tomándolos en un beso de posesión. Me quita las manos de los hombros, me sujeta las muñecas por encima de la cabeza, y nunca me he sentido más femenina. Más conquistada. Más yo misma. Aparece casi enfadado encima de mí, su cara en una expresión de dolor, pero tengo el nuevo conocimiento del tipo de dolor que lleva al placer. Lo aprendí de este hombre. Y quiero liberarlo tanto, que trabajo mis caderas para enfrentar sus empujes, el sonido de mis maullidos de niña

*Sotelo, gracias K. Cross*

llenando la habitación junto con el golpe de sus pesados testículos golpeando mi trasero.

—Así es, querida. Apriétame en tu fresca y pequeña vagina. Arregla todas las burlas. Papi lo necesita tanto.

—Yo también lo he necesitado— sollozo, apretando mis paredes internas a su alrededor, girando su mandíbula floja y haciéndole bombear con más fuerza.

—No tenemos que necesitar más. Podemos tomar todo lo que queramos. —Baja la cabeza y me lame los pezones, uno y luego el otro. —Con gusto iré al infierno mientras pueda montar este coño hasta allí.

Cierra su boca alrededor de mi pezón derecho, me chupa y me chupa con la lengua y una línea se tensa dentro de mí. Mi clítoris ya es tan sensible por ser amado por la boca de Sebastian que un simple roce de su eje, combinado con su lengua enroscada alrededor de mi pezón, me empuja al clímax. Es incluso más intenso que mis dos primeros orgasmos, porque Sebastian aprieta mi botón hinchado de carne y me da un salvaje destello de dientes. Las sensaciones que fluyen a través de mí son puro júbilo, sexo y libertad, que me retienen. Grito y me retuerzo debajo de Sebastian, pero él simplemente deja caer su boca a la mía y me susurra a través del tumulto, sus caderas continúan conduciendo a un ritmo vertiginoso.

—Eres todo lo que necesito. Eres todo lo que necesito, hermosa niña. Mi polla está tan mojada por tu llegada y ahora voy a follarte más fuerte con ella. No estoy enfadado contigo, pero va a parecer que sí. La polla de papi duele mucho y tú eres la causa.

Me alegro de que me haya preparado, porque tengo tiempo para respirar antes de que Sebastian me suelte las muñecas. Me pone las piernas sobre los hombros, dobla mi cuerpo por la mitad y me pone la mano derecha en el cuello, apretando. Se abalanza

*Sotelo, gracias K. Cross*

sobre mí como una bestia, con los ojos cerrados mientras se abalanza sobre mí, enloquecido, los húmedos sonidos de los golpes que resuenan en las paredes de la habitación junto con sus maldiciones. Me excita más allá de lo creíble su demostración de dominio y con mi cuerpo en esta posición, no hay nada que pueda hacer excepto soportarlo. Esto es el cielo. Un cielo oscuro y retorcido y quiero establecer mi residencia permanente aquí.

Observo con admiración cuando un escalofrío atraviesa a Sebastian y sus empujones se aceleran, mi cuerpo rebota en el colchón con la fuerza de sus bombas. —Joder, joder, joder— canta. —*Alice.*

Me aplana hasta la cama y se estrelló contra mí por última vez, con su gran cuerpo temblando sobre mí. Su grueso sexo está tan dentro de mi cuerpo, que juro que siento su presión en mi estómago. Ciertamente siento el flujo de calor que está emitiendo, la espesa humedad que está dejando en lo profundo de mis entrañas. Su mano permanece alrededor de mi garganta, pero no lo suficientemente fuerte para evitar que grite su nombre una y otra vez.

Y cuando se derrumba, me alegro del peso de él. Se siente nuevo, pero también parece como si hubiera estado allí para siempre. Como si estuviera esperando que él apareciera y me hiciera una mujer. Hacerme suya. Hazme... feliz.

—Vaya— susurro, las lágrimas pinchan la parte posterior de mis párpados.

Él nos pone de lado y yo le meto la cara en el cuello, antes de que pueda ver mis emociones, que son tan claras como el día en mi cara. Me he enamorado de la versión real de Sebastian Cove. No sólo la que está en mi cabeza. Estoy tan feliz por ello, pero también estoy asustada. Se va por la mañana, ¿no?

*Sotelo, gracias K. Cross*

¿Qué pasa ahora? No hemos hablado de si nos vamos a ver más allá de mañana. ¿Estoy loca por pensar que podría haber más para nosotros después de habernos conocido esta mañana? Él vive en Londres y yo en Nueva York. Estamos a un océano de distancia. No puedo esperar que Sebastian cambie su vida en un abrir y cerrar de ojos, ¿verdad? Aunque yo esté dispuesta a cambiar la mía.

Lo estoy, me doy cuenta. Iría a cualquier parte con él.

Si se siente tan fuerte como yo.

Si...

Empiezo a entrar en pánico, pero cuando sus fuertes brazos se cierran a mí alrededor y me abraza como si nunca me dejara ir, decido confiar en él. Y si lo peor ocurre y decide volar a casa mañana sin mirar atrás, al menos tendré una noche perfecta para recordar para siempre.

*Sotelo, gracias K. Cross*

# Capítulo 7

SEBASTIAN

Si no convierto a Alice en mi esposa, no sé qué haré conmigo mismo.

Ella me ha dado una idea de cómo se siente, se ve y sabe la verdadera felicidad y la quiero a mi lado para siempre. En mi casa, en mi cama, en todas partes y en cualquier lugar que esté. Quiero ser capaz de extender la mano de Alice.

Me he despertado demasiado temprano esta mañana, desesperado por asimilarla. Empaparme la primera vez que me doy la vuelta en la cama y encuentro su pelo rubio en un abanico en la almohada, sus manos metidas bajo sus mejillas. En el primer rubor del amanecer, parece un hada que ha sido liberada por un lobo. Hay moretones y marcas rojas en su cuello, pechos y hombros, dejadas por mi boca, dientes y manos.

Dios mío, fui rudo con ella.

Y mi polla ya está dura como el plomo bajo las sábanas. Si no sospechara que Alice está dolorida, ya la tendría de rodillas, haciéndole pagar por mi erección matinal. *Mira lo que hiciste, pequeña.*

Me paso la mano por la cara y me río sin sonido. Con ella en mi vida ahora, no sé si mi polla volverá a estar más que dolorida.

Me parece bien.

Hay una ligereza en mi pecho que nunca he conocido. La encontré. Encontré a la chica que ni siquiera sabía que mi alma estaba buscando. Ayer por la mañana, el resto de mi vida parecía

*Sotelo, gracias K. Cross*



un laberinto interminable y ahora... es como un campo abierto empapado de sol con Alice de pie en el centro. Sonriendo.

*La haré sonreír para siempre. Le daré razones para sonreír, todos los días.*

Las palabras no parecen suficientes. No puedo despertarla y pedirle que sea mía, que venga a vivir conmigo a Londres y sea mi esposa. Se merece un maldito monumento en su honor. Tengo que hacer algo mejor que las palabras. Ni siquiera tengo un anillo para ponerle en el dedo cuando haga la pregunta.

Resistiendo el impulso de besarle el hombro, para que no se despierte y me encuentre totalmente desprevenido, me levanto de la cama y me visto en silencio, mirándola como un tonto hambriento y enamorado todo el tiempo. Me duele la palma de la mano a lo largo de la curva de su cadera. Me duelen los dedos sin sentir su piel debajo de ellos. Pero no pasará mucho tiempo hasta que vuelva aquí con algo real que ofrecer. Algo digno de Alice. Después de todo, tengo que hacer algo mejor que alimentarla con pastel en la cama si quiero convencerla de que se case conmigo después de un día de conocerla.

Un día es todo lo que necesito. Honestamente, un minuto ha sido suficiente.

Ella es todo lo que nunca supe que me estaba perdiendo.

Con una última mirada en su dirección, le prometo sin palabras que volveré y dejaré la habitación del hotel. Cuando llego a la calle, ya estoy al teléfono con el gerente de la tienda de Tiffany's, pidiendo que abran inmediatamente para poder comprar un anillo de compromiso del tamaño de un huevo.



*Sotelo, gracias K. Cross*

## *ALICE*

El sonido de los papeles siendo barajados me despierta.

Me siento en la cama, la sábana se desliza hasta mi cintura y baño mi cuerpo desnudo con el sol. Reflexivamente, me protejo los ojos de la luz. ¿Qué hora es?

Los momentos de la noche anterior pasan por mi mente y jadeo, dando vueltas para buscar a Sebastian en la cama. Pero estoy sola.

Debe ser él haciendo ruido en la otra habitación, ¿no?

Ojalá me hubiera despertado con un beso o algún tipo de consuelo, porque mientras me pongo la bata blanca, mi corazón late en la garganta. ¿Qué traerá el día de hoy? ¿Hay alguna posibilidad de que Sebastian quiera que nuestra relación vaya a alguna parte? Si no lo hace, ¿cómo voy a volver a mi mundo en blanco y negro donde escondo mis necesidades, mi verdadero yo?

En el umbral del dormitorio cuadro mis hombros y respiro profundamente. Nunca sabré lo que es posible si no pregunto.

Esperando ver a Sebastian en el salón, me congelo cuando veo a un hombre que no reconozco. Es un hombre bajito. Joven. Lleva un traje y está hojeando una carpeta de papeles de forma muy agitada.

—Uh. ¿Hola?

—Mira quién ha decidido despertar. — El hombre mira hacia arriba con una sonrisa cerrada. — ¿Te importaría vestirme? Necesitaré que firmes un acuerdo de no divulgación antes de que te vayas.

— ¿Un... qué?— Sacudo la cabeza para librarme de la conmoción. —Quiero decir, sé lo que es un acuerdo de no divulgación, pero ¿por qué tengo que firmar uno? ¿Quién eres y dónde está Sebastian?

—Soy su asistente, Dan. ¿El que preparó todos los ingredientes para tu pequeña clase de repostería de anoche?— Su tono es sarcástico. —Espero que te hayas divertido. — Pasa sus ojos por mi cuerpo de manera lasciva. —Ciertamente lo parece.

— ¿Dónde está Sebastian?— Susurro más allá de los labios entumecidos.

—No lo sé. Probablemente salió para que yo pudiera limpiar el desastre antes de que él regrese. — Con “*desastre*” se refiere a mí. Eso es obvio. —Por favor, vístete. Me gustaría que me firmaras el documento.

El dolor comienza a florecer en mi pecho, de forma gradual pero profunda. — ¿Haces esto a menudo? Que las mujeres firmen acuerdos para no hablar con la prensa sobre...

— ¿Tu única noche con Sebastian?— Se encoge de hombros. —Definitivamente ha pasado un tiempo, pero lo he hecho unas cuantas veces. Es feo pero necesario.

No puedo hablar. O moverme.

Él mueve una mano hacia algo a mi derecha y encuentro mi uniforme de trabajo y mi sujetador doblado en una mesa de consola — ¿Si no te importa...?

Mis manos tiemblan cuando recojo las prendas y vuelvo al dormitorio, vistiéndome con lágrimas que me queman los párpados. ¿Esto está sucediendo realmente? ¿Mi noche con Sebastian significó tan poco para él? No podía ni siquiera terminar las cosas en mi cara, ¿tenía que pedirle a su asistente que lo hiciera? Tengo un agujero en los pulmones y crece tan rápido que me falta el aire.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Mareada. Pero me las arreglo para abotonarme y ponerme la falda negra en su sitio y caminar con las piernas temblorosas de vuelta a la sala de estar.

Dan empieza a hablar sin mirar hacia arriba. —Causaste un gran revuelo anoche. Los sitios de chismes se vuelven locos con fotos de Sebastian sacando a una mujer de la mitad de su edad de un restaurante. Me pasaré el día contando la historia para que no salga con cara de bolsa de basura que sale con adolescentes de mierda.

—Tengo veintiuno— digo inútilmente, tomando asiento en el sofá. —Yo-yo... ¿las fotos realmente van a causar un problema?

—No si hago mi trabajo. Hablando de eso...— Desliza una carpeta abierta en mi dirección. Las palabras me saltan de la página. *Alice O'Donahue, de ahora en adelante conocida como la Parte B, se compromete a mantener confidencial cualquier información compartida por Sebastian Cove, de ahora en adelante conocida como la Parte A. Además, la parte B se compromete a mantener confidencial cualquier actividad con la parte A, incluidas, entre otras, las relaciones sexuales consentidas...*

Sin querer leer otra palabra, tomo el bolígrafo y firmo mi nombre en la parte inferior con un guión tembloroso.

—Gracias— dice Dan enérgicamente, arrancándome el bolígrafo de la mano. —Ahora si me disculpas, necesito empacar las pertenencias del Sr. Cove para que llegue a tiempo a su vuelo.

Me levanto del sofá y pongo los pies en los tacones. Doy vueltas en círculo buscando mi bolso, queriendo abofetearme cuando me doy cuenta de que lo dejé en Landmark anoche. Eso me deja sin teléfono, sin MetroCard y sin dinero en efectivo.

—Hay un par de billetes de 20 para un taxi en el mostrador— dice Dan despreocupado.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Odiando lo barata que me hace sentir, no tengo más remedio que embolsarme el dinero al salir por la puerta. Ni siquiera llego al ascensor antes de que mi corazón parezca romperse y licuarse en mi pecho.

*Eres una chica estúpida e ingenua, Alice.*

*Estúpida, estúpida, estúpida.*

*Sotelo, gracias K. Cross*

# Capítulo 8

SEBASTIAN

Tengo un montón de bolsas azules y todavía me siento mal y preparado cuando salgo del ascensor al ático. Encontré el anillo de compromiso perfecto momentos después de entrar en Tiffany's. Una gruesa banda de diamantes entrelazados como hojas. Hojas que me recuerdan el verde de los ojos de Alice. Antes de que pudiera pagarlo, encontré un collar que me endureció la polla, imaginando que se le ponía en el cuello. Y luego la quise en brazaletes, cinco por cada brazo, para poder escucharlos tintinear cuando me la cojo. Apenas me escapé sin comprar toda la tienda.

Las joyas, aunque abunden, no parecen suficientes. En el viaje de vuelta al Four Seasons, me recordé una y otra vez que tengo tiempo. Todo el tiempo del mundo para estropearla. Oh, y lo planeo. Cuando lleve a Alice a Londres, enterraré a mi niña en seda y diamantes y vestidos y vacaciones. Sin mencionar, tantos postres como pueda soportar.

Introduzco el código que abre la puerta del ático y entro a zancadas, parando en seco cuando encuentro a mi ayudante con los talones levantados en el salón. Dios mío, he estado tan envuelto en Alice y me he propuesto algo digno de mi futura esposa, que me había olvidado de él. El fuego quema un rastro en mi esófago, sabiendo que ha estado solo en la misma habitación de hotel que Alice.

—Jefe— dice Dan, dejando caer apresuradamente sus pies de la mesa de café y poniéndose de pie en atención. —Bienvenido de nuevo. Tus cosas están empacadas y me he encargado de...— Se ríe en voz baja. —Bien. Ya sabes.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Dejé caer las bolsas de Tiffany's en la mesa más cercana, mi pulso empezó a hacer tictac en mis sienes. —No. No lo sé. Ilumíname. — Sin esperar una respuesta, la llamo. — ¡Alice!

No hay respuesta.

Mi boca se seca, junto con mi garganta. — ¿Dónde está ella?

—Erm... ¿Desaparecida?

Una flecha me clava en la tripa. — ¿Se ha ido?

Dan se ríe de nuevo, pero con mucha menos confianza. — ¿De nada?— Se mueve nerviosamente, como debería. —Ella tiene la mitad de su edad, Sr. Cove. Los sitios de chismes...

— ¿Desde cuándo me importan un carajo los sitios de chismes?

—Bueno, *su marca*...

—Oh, vete a la mierda. *Mi marca*. — escupo, irrumpiendo hacia el dormitorio, como si Alice fuera a estar mágicamente en la cama, pareciendo un hada. No puedo creerlo. No lo soporto. Mi piel está llena de hormigas rojas y quiero arrancarla. Ella se ha ido. Se ha ido. — ¿Qué mierda le dijiste?

—No mucho. Una pequeña charla. — Cuando hay una larga pausa, me doy la vuelta y encuentro a mi asistente tratando de meter una carpeta de papeleo en sus pantalones. Se pone rojo brillante cuando se da cuenta de que ha sido atrapado. Oh Dios, esto no puede estar pasando.

—No me digas que eso es lo que creo que es. — Realmente siento que voy a perder el contenido de mi estómago. —La hiciste firmar un acuerdo de confidencialidad.

—Es el procedimiento estándar.

*Sotelo, gracias K. Cross*

La rabia me toma por la garganta. —Planeo hacerla *mi esposa*. — Ahora cree que es sólo una conquista. Ese conocimiento es demasiado para soportarlo. Mi cuerpo se mueve por sí solo y me giro, enterrando mi puño a través de la pared, enviando yeso y polvo en todas las direcciones. —Deje la carpeta y sal. Estás despedido.

—Pero Sr. Cove...

—Considérate afortunado de que no te tire por el balcón. — Me enfrento a él de nuevo y el infierno que siento debe estar escrito en mi cara, porque palidece. —Todavía puedo cambiar de opinión— gruño, mandándolo a correr hacia la puerta.

Tan pronto como se cierra detrás de él, soy un hombre con una misión.

Puedo arreglar esto. *Tengo* que arreglar esto.

Las joyas definitivamente no son suficientes ahora.

No sólo estoy recuperando a la mujer que amo, sino que le hare entender que es dueña de mi alma ahora y lo será hasta el final de los tiempos.



***ALICE***

Han pasado dos días desde que pasé la noche con Sebastian.

Dos días desde que mi corazón se hizo pedazos.

Es difícil creer que he vuelto al trabajo, a mi rutina normal, después de vivir brevemente en un cuento de hadas. Mi cuerpo realiza las funciones que se supone que debe realizar, creando el

*Sotelo, gracias K. Cross*



horario de trabajo, haciendo pedidos de suministros, inspeccionando el comedor de Landmark. Pero nada se siente igual. Todas las actividades que solían ser mi normalidad son ahora experiencias fuera del cuerpo.

Hay una construcción en el restaurante de enfrente de Landmark y me gustaría que el ruido cesara. La perforación y el martilleo están haciendo que mi dolor de cabeza permanente sea aún peor. ¿Qué están haciendo allí? He oído el rumor de que el restaurante está cambiando de manos, ¿pero tuvieron que empezar las renovaciones en medio de mi agonía?

Muy desconsiderado de su parte.

Varios miembros del personal de espera susurran cuando paso, pero los ignoro. Ninguno de ellos se ha atrevido a preguntarme qué pasó la noche en que el famoso chef Sebastian Cove me sacó por la puerta en sus brazos. ¿Qué diría si me lo preguntaran?

Me llevó a la habitación de hotel más mágica y cumplió todas mis fantasías, me alimentó con el pastel perfecto y ¿luego me echó a la calle?

Probablemente sospechen una versión de esa historia, de todos modos.

Probablemente sucede todo el tiempo.

Las celebridades se acuestan con chicas fanáticas y siguen adelante sin pestañear.

Desafortunadamente, pude haber empezado como una fanática de Sebastian Cove, pero definitivamente terminé como mucho más. Me enamoré de él en el transcurso de nuestra noche juntos y no creo que vuelva a ser la misma. No después de experimentar la mayor altura y la caída más lejana que podría haber imaginado.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Hay un fuerte quejido de metal al otro lado de la calle y pisoteo a la ventana principal de Landmark para averiguar, de una vez por todas, qué demonios está pasando.

Me sorprende encontrar un cartel colgando de una grúa. El operador mueve el cartel al lugar, un equipo de construcción lo centra en la parte superior del restaurante de enfrente.

El cartel dice *Alice*.

Frunzo el ceño a través del cristal. ¿El nuevo restaurante se llama Alice?

Es una extraña coincidencia.

Empiezo a apartarme de la ventana y vuelvo al trabajo cuando algo - o alguien, más bien - me llama la atención al otro lado de la calle. No puede ser. Mis ojos deben estar jugándome una mala pasada.

Ese no es Sebastian Cove con un casco que pasa por alto un conjunto de planos con uno de los trabajadores de la construcción. Pero incluso cuando mi cerebro lo niega, su cabeza se levanta y nos miramos a los ojos. Mi cuerpo está destrozado por un escalofrío caliente, mi vientre parece contraerse ante su cercanía. ¿Es... Sebastian el nuevo dueño del restaurante de enfrente?

¿Lo llamó Alice... por mí?

Las lágrimas me llenan los ojos, desdibujando la imagen de Sebastian. Cuando consigo apartarlos, está a mitad de la calle, deteniendo el tráfico con su mirada azul glacial. Mis pies se mueven por sí solos, llevándome a la puerta de Landmark donde le espero en la acera con el corazón en la garganta.

—Alice— raspa cuando está a unos metros de distancia, sus pasos se ralentizan. —Por Dios, de alguna manera te has vuelto más hermosa.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Me agarro las manos al pecho para evitar que se abra de golpe.  
— ¿No volviste a Londres?

— *¿Sin ti?* — Se quita el casco, dejándolo colgado del muslo, y sin la sombra del sombrero, puedo ver la intensidad en sus ojos. — Nunca, querida. Nunca.

Un gemido se me escapa. — ¿Es... es ese tu restaurante?

—No. Es tuyo. — Se acerca un paso más, sus ojos rastreando cada centímetro de mi cara. —Es nuestro.

—No lo entiendo.

—Te estoy dando a elegir. Londres. Nueva York. Ambos. Dime dónde puedo hacerte más feliz y ahí es donde iremos. — Lanza el casco al suelo y se arrodilla. Hasta ahora, no he sabido nada más de Sebastian. Pero en cuanto se arrodilla, la multitud que se ha formado a nuestro alrededor empieza a aplaudir y a silbar. Dios mío. Esto no es un sueño. Es real. Es real y probablemente me desmayaré en medio de él.

—Sebastian...— jadeo.

—Lo sé. Sé que te he hecho daño indirectamente. Nunca quise que sucediera. Nunca, nunca te pondré en una posición que no sea la de ser feliz. Nunca más. Sólo acepta ser mi esposa y dame esa oportunidad. — Saca una pequeña caja negra de su bolsillo y la abre, revelando lo que es el anillo más espectacular que he visto en mi vida o en la siguiente. —Ahora que sé que existes, Alice, no puedo volver al vacío en el que vivía antes. Me haces esperar el día siguiente, porque sé que estás viva en su interior. — Cierra los ojos. —Estoy enamorado de ti. Cásate conmigo.

—Sí. — Me arrodillo delante de él y le pongo los brazos alrededor del cuello. —Me casaré contigo. Por supuesto que lo haré... te amo. Y no me importa dónde vivamos mientras estés allí, Sebastian.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Las bombillas se encienden a nuestro alrededor cuando nuestros labios se encuentran en un beso, arrodillado en medio de una sucia acera de Manhattan. Aún me tambaleo cuando Sebastian me pone el anillo en el dedo, me alza en sus brazos y me lleva a Alice, mi aparente nuevo restaurante. Sólo veo brevemente mi cara pintada al estilo de un mural en la pared principal cuando Sebastian ruge: — ¡Fuera!

Me pone en la mesa más cercana y empieza a desabrocharse el cinturón antes de que el último obrero salga a la calle. Hay una barrera parcial que nos bloquea de los transeúntes, pero sería un tramo para llamar a nuestra ubicación privada. Pregúntame si me importa. Sólo quiero que me ponga las manos encima. Su boca. Necesito sentirlo en todas partes para saber que esto es real.

—Te necesito, Alice. Un segundo más sin ti y me volveré loco.

—Yo también te necesito— respiro, abriendo mis muslos. —Tómame.

Gimiendo a la vista de su eje duro, permito que Sebastian me suba la falda, me quite las bragas y se meta dentro de mí. La mesa se mece debajo de nosotros, pero Sebastian la sostiene en sus manos y empieza a empujar *duro, duro, duro*. —Mía para siempre— me dice al oído. —Mi Alice.

Arqueo mi espalda y dejo que me rasgue la camisa por la mitad. —Mi Sebastián.

No dejamos que el equipo de construcción vuelva a entrar durante horas.

*Sotelo, gracias K. Cross*

# Epílogo

SEBASTIAN

## *Siete años después...*

Esta noche es la gran inauguración del cuarto restaurante de Alice y mío.

Este está en el West End de Londres.

Dio una adorable pelea, como siempre, cuando insistí en llamar a este restaurante Alice también. Pero si cree que no abriré cien establecimientos más y nombraré todos y cada uno de ellos en su honor, se equivoca. Con el paso de los años, me he vuelto más y más obsesivo en lo que respecta a mi esposa y no hay mejor palabra en el idioma inglés que su nombre.

¿Dónde está ella?

Camino por el comedor, tomando nota de sus últimos toques. Los pequeños tallos de lavanda metidos en el lugar, el ligero tono champán en las copas de vino. El lugar está lleno de mi esposa y como no me canso de ella, no podría estar más contento.

Afuera, en la acera, cientos de clientes esperan que los dejen entrar para la cena inaugural. Pasaré la noche supervisando la cocina, pero primero quiero encontrar a mi Alice y besar su hermosa boca. Si no lo hago, mi concentración se disparará.

— ¿Has visto a Alice?— Le pregunto a un camarero de paso.

Se detiene y me mira con el pecho hinchado. —La última vez que la vi, se dirigía al guardarropa, creo.

Asiento. —Gracias.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Mis labios se curvan en una sonrisa mientras continúo mi viaje por el restaurante a la luz de las velas. El guardarropa. Interesante. Ya mi polla está abultada contra la bragueta de mis pantalones en espera de acorralarla allí. Deja que los clientes esperen.

Y lo harán.

Después de nuestro fin de semana de notoriedad en Nueva York, nos hemos convertido en un objeto de interés público. Sirve a nuestro negocio, aunque he tenido que golpear a algunos fotógrafos que se atrevieron a acercarse demasiado a mi esposa o hijos gemelos. No me gusta que sus caras aparezcan en las revistas, periódicos u online, pero Alice siempre encuentra la manera de calmar mi temperamento cuando sucede.

Oh, sí que lo hace. Un recuerdo de ella montando mi polla en la bañera mientras el agua salpica sobre el borde hace que mis pasos se aceleren.

Dios mío, ¿cómo era la vida antes de que llegara esta chica y que valiera la pena vivirla? No me acuerdo. No quiero recordar. Mis dedos ya se están flexionando en anticipación de cepillar su suave piel. Necesito besarla, maldita sea.

Uno podría pensar que un hombre casado de siete años podría pasar una maldita hora sin besar a su esposa, pero no he sido capaz de lograrlo. Si uno de nosotros viaja a Nueva York o Londres por trabajo, el otro va con él. Simplemente no podemos estar separados. En el interés de que Alice y nuestros hijos estén cómodos sin importar en qué ciudad nos quedemos, tenemos residencias en ambos lugares, con un equipo de niñeras para no tener que esperar a estar a solas con mi esposa.

Después de todo, puede que me haya suavizado gracias a enamorarme, pero sigo siendo un bastardo inflexible y ella me quiere de todas formas.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Finalmente, abro la puerta del guardarropa, entro y la cierro detrás de mí. Capto el aroma de su perfume, ligero y femenino, y sé que se puso extra sólo para tentarme. Para hacerme saber que quiere jugar.

—Alice, ¿estás aquí?— Dejo caer mi voz hasta la nota más severa posible. —Te lo dije, este no es el momento de jugar al escondite.

Desde la esquina trasera de la habitación viene una voz apagada. — ¿Por favor?

Dejo caer una mano en la parte delantera de mis pantalones para masajear mi polla engrosada. —Ya sabes lo que pasa cuando papi te encuentra en casa. No será diferente porque estamos en un restaurante. ¿Pensaste que sería así?

—No...

Lentamente, bajo mi cremallera y sé que ella lo oye, porque jadea. Con emoción. Nervios. —La gente se preguntará adónde hemos ido, pequeña. Podrían venir a buscarnos.

Ahí está ella. Por fin. A través de la oscuridad, veo a mi bella esposa con el vestido verde corto que es el tono exacto de sus ojos. Está entre dos abrigos que deben pertenecer al personal, con las caderas torcidas de lado a lado. —Me has encontrado.

—Te está empezando a gustar este juego un poco demasiado— digo, tirando de ella de la pared, dándole vueltas y tirando de su pequeño culo en mi regazo. — ¿Cómo se supone que voy a resistirme a tu coño apretado cuando me lo ofreces tan dulcemente?

Se contonea contra mi erección. — ¿No te gusto dulce, papi?

—Sí— gimoteo, siendo totalmente arrastrado por su perfecta voz, cuerpo, olor, corazón. Todos ellos están en perfecta sincronía

*Sotelo, gracias K. Cross*

con el mío. —Te amo dulce. Sabes que lo hago. Mucho más de lo que debería. — Deslizo el dobladillo de su vestido más alto para revelar su trasero desnudo. —Ya te has quitado las bragas, ¿eh?

—Uh-huh. Sabía que me encontrarías— susurra, sonriéndome maliciosamente por encima del hombro.

Sí, la encontré. Y le agradezco a Dios varias veces al día por ese hecho.

Segundos después, cuando deslizo mi polla en su calor húmedo, planto un beso en su cuello y me tomo un momento para saborear lo que hemos encontrado. El amor que me ha hecho un hombre, marido y padre tan feliz, apenas puedo comprenderlo. —Te amo, querida.

Inclina la cabeza hacia atrás y me deja besarla largo y tendido, con el afecto brillando en sus ojos. —Yo también te amo— susurra, y mi corazón está lleno.

***Fin...***

*Sotelo, gracias K. Cross*